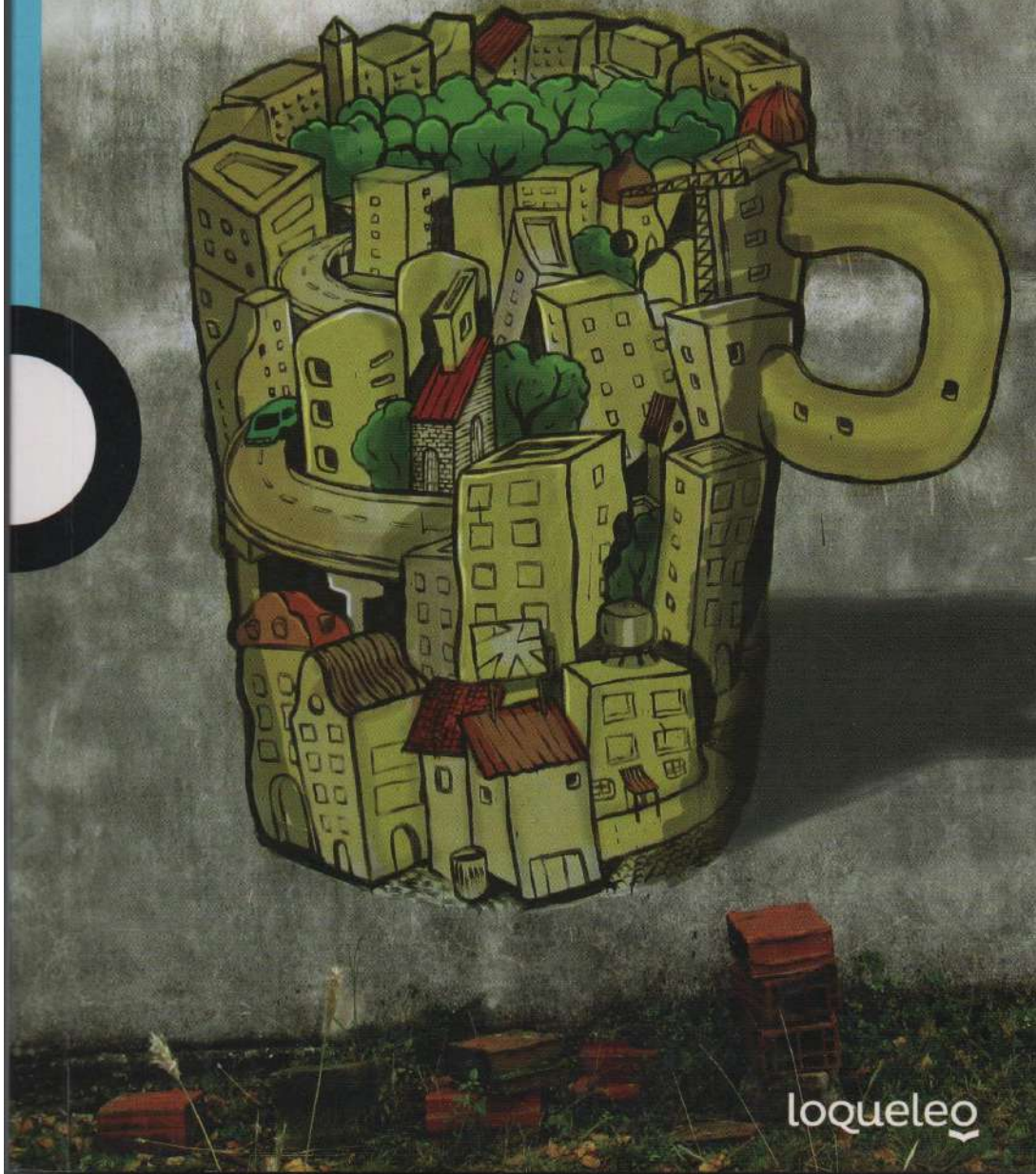


# Los extrañamientos

Martín Blasco



© 2013, MARTÍN BLASCO

© 2013, 2014, EDICIONES SANTILLANA S. A.

© De esta edición:

2015, EDICIONES SANTILLANA S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4419-4

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: octubre de 2015

Tercera reimpresión: octubre de 2018

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA

Ilustraciones: GUALICHO

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN

Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHUMILLAS Y JULIA ORTEGA

Blasco, Martín

Los extrañamientos / Martín Blasco ; ilustrado por Gualicho. - 1a ed. 3a reimp. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2018.

144 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Azul)

ISBN 978-950-46-4419-4

1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Gualicho, , ilus. II. Título.

CDD 863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA TERCERA REIMPRESIÓN DE 2.200 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE OCTUBRE DE 2018 EN TRIÑANES GRÁFICA S.A., CHARLONE 971, AVELLANEDA, BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

# Los extrañamientos

Martín Blasco

Grafitis de Gualicho

A Vladi

loqueleg

## La llegada

—Mamá, ¿por qué la mamá estaba durmiendo? No entramos las cosas como pudimos. No habia luz porque la lamparita estaba quemada. A pesar de la oscuridad, se notaba que todo estaba muy sucio. Mamá tiró los colchones en el piso y nos acostamos a dormir.

**L**legamos a la Casa una noche en la que mamá estaba resfriada. Lo primero que me llamó la atención es que “la Casa” no fuera en realidad una casa sino un edificio, un edificio muy antiguo, con puertas altísimas como para gigantes.

Lucy nos abrió la puerta. En lo que era el antiguo recibidor había una familia durmiendo: marido, mujer y dos hijas, todos en colchones en el piso, uno al lado de otro. Tuvimos que pasar con nuestras cosas por encima de ellos tratando de no despertarlos. Después Lucy nos explicó que durante el día levantan los colchones para que los inquilinos puedan entrar y salir sin problema. Por el pasillo se podía ver algunas puertas abiertas; de una habitación venían unos ronquidos fuertes, en otra pude ver una pierna que se asomaba entre las sábanas.

Ante la puerta de la que iba a ser nuestra habitación, Lucy sonrió y dijo:

—Mañana hablamos.

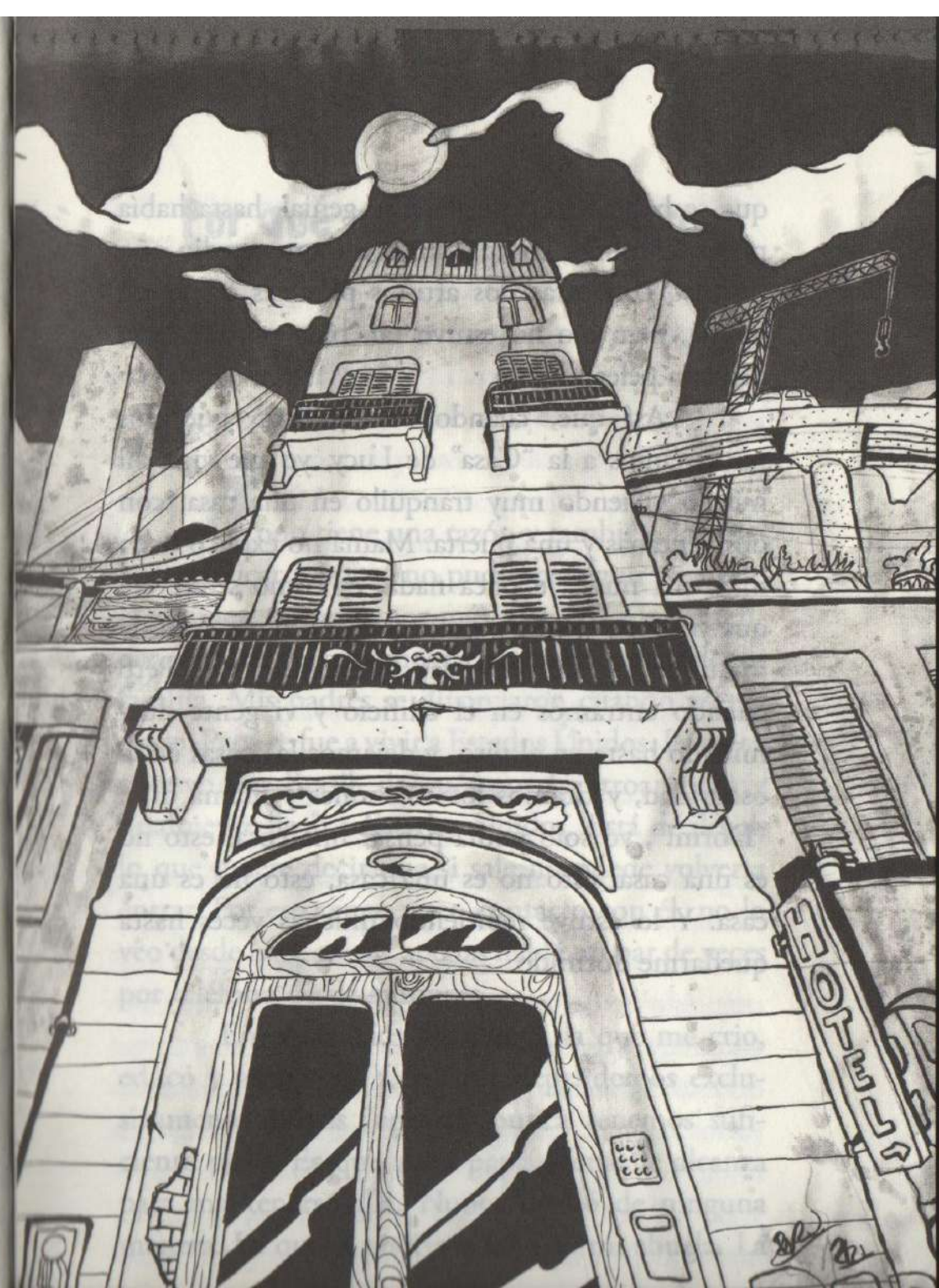
Entramos las cosas como pudimos. No había luz porque la lamparita estaba quemada. A pesar de la oscuridad, se notaba que todo estaba muy sucio. Mamá tiró los colchones en el piso y nos acostamos a dormir.

## Casa tomada

**D**ónde estamos? En un conventillo o “casa tomada”, así le dicen. En realidad es un edificio de tres pisos abandonado. Pero abandonado no quiere decir deshabitado: adentro viven más de cien personas. Alguna vez, hace mucho tiempo, este fue un edificio de lujo, seguramente de alguna familia muy rica. Por alguna razón, el edificio fue abandonado (por alguna peste, supongo, la amarilla por ejemplo) y con los años fue poniéndose cada vez más viejo y pobre. Entonces, gente que no tenía casa aprovechó para meterse y vivir adentro. Primero uno, después otro, cada uno con su familia, hasta que el edificio quedó completamente lleno. A eso se le llama una “casa tomada”. En la ciudad hay un montón más. Yo antes no me daba cuenta, pasaba por delante de edificios que parecían abandonados pero en los que vivía gente y no sabía bien qué eran. Ahora los reconozco en seguida.

¿Y por qué nos mudamos a una “casa tomada”? La verdad es que con mi madre hemos vivido en multitud de lugares, desde que nació creo que ya tuve más de diez viviendas, o esa es la cantidad que puedo recordar. Hasta hace poco vivíamos con mi mamá en un departamento común, un departamento chiquito dentro de un edificio chiquito, mucho más chiquito que la “casa tomada”, pero nuevo y con ascensor. Y ahí alquilábamos. Un día subió el precio del alquiler y no lo pudimos pagar más. Entonces una amiga de mamá, Lucy, le dijo: “¿Por qué no te venís a vivir conmigo a la Casa?”. Así dijo: “Conmigo a la Casa”. Yo estaba escuchando y traté de imaginar cómo sería la casa de Lucy. No sé por qué siempre la primera imagen que me viene a la cabeza cuando escucho la palabra “casa” es una de esas que dibujan los nenes (yo también, cuando era más chico, ahora dejé de dibujar porque lo hago muy mal), esas con dos ventanas como ojos y la puerta en el medio como una boca.

En la ciudad no suele haber ese tipo de casas, solo edificios, así que pensé que nos mudaríamos fuera de la ciudad, a algún lugar con mucho verde. No sería la primera vez; una temporada nos instalamos en la quinta de un matrimonio amigo



que se había ido de viaje. Era genial, hasta había pileta. También compartimos durante medio año un piso con otras dos artistas plásticas como mi mamá, pero eso no estuvo tan bien porque se la pasaban peleando.

Así que, cuando se confirmó que nos mudaríamos a la “Casa” de Lucy, yo me vi a mi mismo viviendo muy tranquilo en una casa, con dos ventanas y una puerta. Mamá no explicó nada más, ella nunca explica nada, es como si creyera que yo estoy dentro de su cerebro y me entero de lo que sucede sin necesidad de explicaciones. Pero cuando entramos en el edificio y vi gente durmiendo hasta en el piso, y dejamos las cosas en la oscuridad, y tiramos los colchones y mamá dijo: “Dormí”, yo solo podía pensar una cosa: esto no es una casa, esto no es una casa, esto no es una casa. Y lo estuve repitiendo muchas veces hasta quedarme dormido.

## Por qué no tenemos plata

**T**odo tiene una razón y también hay una para explicar por qué no pudimos seguir pagando el alquiler: no teníamos más plata. Y, para entender por qué no teníamos plata, voy a hablar de mi familia. Mis padres se divorciaron cuando yo era chico. Papá se fue a vivir a Estados Unidos. Primero anduvo por Brasil, después por Centroamérica y finalmente llegó a Estados Unidos. Está de ilegal, lo que quiere decir que si sale no puede volver a entrar. Por eso tengo poco contacto con él, no lo veo desde hace años y apenas hablé un par de veces por teléfono desde entonces.

En la práctica fue mamá la que me crio, educó y alimentó. Y, porque dependemos exclusivamente de sus ingresos, nunca tenemos suficiente plata. Es que a mi papá apenas le alcanza para mantenerse allá. Nunca ayudó de ninguna manera. La que sí podría ayudar es mi abuela. La

familia de mi mamá es lo que se dice una “familia acomodada” y mi abuela podría sin mucho problema ayudarnos. El problema es que mi abuela y mi mamá no se llevan para nada bien.

Y ahora vamos a hablar de mi mamá para que se termine de entender por qué no tenemos plata. Mi mamá es una punk-hippie. Quizás, la única en el mundo. Se llama Mirta y cuando era joven fue de las primeras en Argentina que se hizo punk. En esos años había un montón de punks por el mundo, especialmente en Europa y Estados Unidos. Usaban el pelo parado, la ropa rota, camperas de cuero con tachas y escuchaban grupos como Los Ramones, Sex Pistols y The Clash. Pero en Argentina no había punks. Primero porque, como todavía no existía internet, las cosas llegaban con mucha lentitud, y segundo, porque estaba la dictadura militar, que prohibía todo tipo de cosas y también a los punks. Un grupo muy reducido de chicos y chicas se juntaba en boliches ocultos o lugares así y eran punks. Y mamá fue de esas primeras punks. Tenía el pelo teñido de varios colores, tocaba el bajo en un grupo y era linda (lo digo porque vi fotos). Pasó el tiempo y mi mamá se convirtió en una señora grande, madre de un hijo ya casi adolescente (yo). Y eso

es lo curioso: ahora que es grande, tiene toda la pinta de hippie. El pelo largo, la ropa arrugada y de muchos colores, y también el carácter hippie, porque es muy tranquila. Por eso yo digo que mi mamá es la primera punk-hippie, y a ella le causa mucha gracia. Es pintora. Pinta cuadros raros, con manchas y colores. A mí me gustan. Pero vivir de ser pintora es casi imposible, por eso va agarrando distintos trabajos que le duren poco tiempo: fue secretaria, promotora, vendedora a domicilio, moza, profesora de inglés y un largo larguísimo etcétera. Ese tipo de trabajos no le gusta nada. Trata de ocultármelo porque no quiere darme un mal ejemplo, pero solo hay que verle la cara con la que sale a la mañana para entender cuánto odia cumplir con horarios. Por eso los trabajos le duran un tiempo nomás, hasta que pasa algo, cualquier cosa, y entonces ella tiene que renunciar, y ahí es feliz, sin ir a trabajar, quedándose a pintar todo el día. Ella dice que en Europa es muy común que los artistas vivan en casas tomadas y que por eso es el ambiente ideal para nosotros. Además, por supuesto, de que no tenemos plata.

## Cortázar y Vladi

Hay un cuento del escritor Julio Cortázar que se llama "Casa tomada". Lo busqué en la biblioteca del colegio y lo leí entusiasmado porque creí que tenía que ver con el tema, que explicaba lo que era vivir en una casa tomada. Fue una gran decepción. ¡Nada que ver! Es una historia de miedo que sucede en una casa pero sin ninguna relación con edificios tomados por gente. O quizás sí tenga que ver, porque el cuento es de miedo y a mí al principio me asustaba un poco vivir en la Casa. Los vecinos se me hacían raros, trataba de no salir de la habitación por miedo a cruzarme con alguien, y aun dentro de nuestro cuarto me daban miedo los ruidos de los vecinos: gritos, risas, televisores, llantos. Cuando no estaba en el colegio o en lo de un amigo, cuando no me quedaba otra que estar en la Casa, me la pasaba tocando la guitarra, lo que servía para al menos no escuchar a los vecinos.

El año pasado me regalaron una guitarra. Yo quería una eléctrica pero no nos alcanzaba. Además con la eléctrica hay que comprar también el equipo y es un problema. Por ahora no toco gran cosa, a clases no voy y tampoco tengo nadie que me enseñe, así que lo que hago es sacar canciones con las revistas esas que traen los acordes y las letras. Eso sirve para evitar los ruidos, pero no hay forma de escapar del olor de la Casa, que es muy particular; una mezcla de humedad, comidas cocinándose y pis de gato<sup>1</sup>.

Al principio el olor molesta, después uno se va acostumbrando y con el tiempo resulta agradable como cualquier otro olor a “hogar”. Y no tiene que ver solo con el tema de la limpieza, porque ya se intentó varias veces con el acuerdo de todos los vecinos limpiar el edificio, pero no hay caso, el olor no se va.

<sup>1</sup> Con mi mamá tenemos un juego que consiste en inventar nombres para posibles bandas punks, y al que se le ocurre el más original gana. Por ejemplo, la semana pasada gané yo con “Infecto Invernadero”, que se me ocurrió al escuchar en la tele hablar del “efecto invernadero”; me los imagino como una banda de jardineros punks que tienen que trabajar en un invernadero al que odian mucho. Recién se me acaban de ocurrir un par muy buenos: “Humedad Tóxica”, “Vejez Edilicia” y “Pis de Gato”. Son tres nombres perfectos para bandas punks, casi parece el anuncio de un festival.

En mi primera semana en la Casa hice lo que pude para no cruzarme con nadie. No dejaba la habitación hasta que tenía todo preparado para ir al colegio y entonces salía corriendo por el pasillo, derecho hacia la puerta de salida como si estuviera muy apurado, así si me cruzaba con alguien podía seguir corriendo y decirle como excusa que llegaba tarde. Una vez en el colegio, me olvidaba de la Casa hasta que tenía que volver. Si podía engancharme en alguna actividad que me permitiera quedarme más tiempo en el colegio, mejor. Cuando tenía que entrar otra vez en la Casa, me quedaba un rato en la esquina vigilando que no hubiera nadie cerca, entonces entraba corriendo, igual que como salía, con la excusa mental preparada, por si alguien me paraba: tenía que ir al baño, no aguantaba más. Y así todos los días. Pero una tarde, cuando entraba corriendo por el pasillo, salió de la nada un chico y me tiró al piso. Quise pararme y no me dejó. Me aferró por los hombros y dijo:

—Vos sos el gil que me quiere robar la novia...

Y así fue cómo conocí a Vladi.



piso de "La Pesada del Rock and Roll" porque su jefe es el Griego, que al parecer cuando era joven fue asistente de una banda de rock que se llamaba así. Es un tipo alto, que siempre lleva una gorrita verde. Junto a él hay un montón de otros tipos y sus familias.

En planta baja, donde está nuestra habitación, la jefa es Claudia Danasi, que es la tía de Lucy, la amiga de mi mamá. Claudia Danasi llegó al edificio porque conoce al comisario del barrio, el comisario sabía que el edificio estaba comenzando a ser tomado y le pasó el dato. Ella vive con su familia y además alquila habitaciones, como la habitación que le alquilamos mamá y yo. La habitación que alquila más barato no es una habitación, en realidad, sino el recibidor del edificio, donde ya conté que de noche duerme una familia que durante el día levanta los colchones para que la gente pueda pasar. Supongo que la tía de Lucy se quedará con una parte de la plata de esos alquileres y el resto se lo pasará al comisario, la cuestión es que ella es la garantía para que la policía no venga nunca al edificio.

En el primer piso los "jefes" son la familia García: Ramón, Marta y su hija Muriel. Su caso es parecido al de la planta baja, a ellos les pasó

el dato del edificio uno de los herederos, aunque parezca mentira. Al darse cuenta de que no lo iba a poder vender ni alquilar y que encima se lo estaban tomando, uno de los herederos del edificio le ofreció a la familia García que agarrara el primer piso y lo alquilara a quien quisiera con tal de que le pasara plata a él. Y otra cosa curiosa es que yo creía que la gente que vivía en casas tomadas no pagaba nada y no es así. Se paga un alquiler que no es tan barato como debería ser, lo que pasa es que alquila gente que no tiene posibilidades de alquilar en un edificio normal porque le piden garantías y recibos y esas cosas. Mi conclusión de todo lo dicho antes es que el caos no existe. Así como a primera vista una casa tomada parece un lugar donde no hay ningún tipo de orden, lo mismo con cualquier otra cosa que en principio pueda parecer caótica: desde las más chiquitas hasta las más grandes, desde el universo entero hasta un hormiguero: siempre hay un orden. La cuestión es poder verlo.

Y, ahora sí, volvamos a Vladi.

El plano del edificio uno de los herederos, siempre  
 para recordar. Al darse cuenta de que se iba  
 a perder, volver al edificio y que encima se lo  
 van tomando, uno de los herederos del edificio  
 ofreció a la familia García que agarrara el primer  
 piso y lo alquilara a quien quisiera con tal de que  
 lo pasara para él. Y otra cosa curiosa es que yo  
 estaba que la gente que vivía en esas habitaciones  
 pagaba nada y no se sabía de qué se pagaba, que no  
 era un punto como debería ser, lo que pasa es que  
 alguna gente que no tiene posibilidades de alquilar  
 en un edificio normal porque le faltan garantías  
 y recibos y esas cosas. Mi conclusión de todo lo  
 dicho antes es que el caso no existe. Así como a  
 primera vista una casa tomada parece un lugar  
 donde no hay ningún tipo de orden, lo primero con  
 cualquier cosa que en principio pueda parecer  
 caótica desde las más evidentes hasta las más  
 desde el universo entero hasta un hogar que  
 siempre hay un orden. La cuestión es poder verlo  
 es lo que se pasará. Mis amigos y yo, allá es  
 la garantía para que la policía no venga nunca al  
 edificio.

En el primer piso los "jefes" son la familia  
 García: Ramón, Marta y su hija Muriel. Su caso  
 es parecido al de la planta baja, a ellos les pasó

## En el pasillo

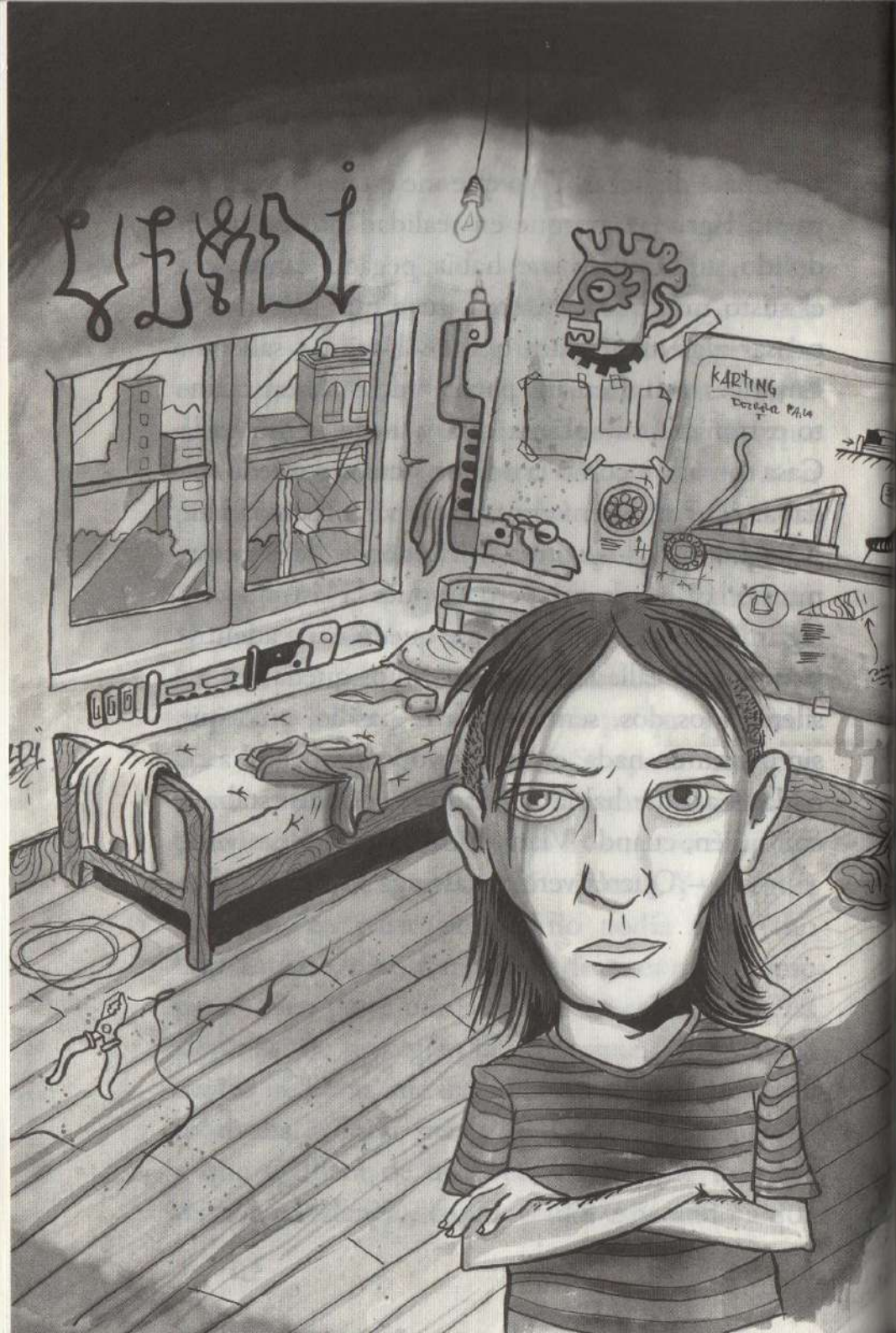
**Y**o estaba en el piso, con la rodilla de ese  
 chico desconocido sobre mi pecho, casi sin poder  
 respirar. Él me agarraba y no dejaba de repetir "me  
 querés robar a mi novia", "me querés robar a mi  
 novia", y yo le mostraba mis manos vacías para  
 demostrarle que no tenía nada, como si una novia  
 robada pudiera llevarse encima.

En ese momento no sabía quién era Vladi,  
 nunca antes lo había visto, aunque sí había leído su  
 nombre en los pasillos, grabado por todos lados:  
 "Vladi y Muriel", dentro de un corazón. Vladi, acer-  
 caba su cara a la mía y realmente me daba mucho  
 miedo porque era más alto, más fuerte, más gran-  
 de y además tenía una cara extraña. Todo en él era  
 anguloso: los hombros, las mejillas, las cejas, hasta las  
 orejas. La piel era muy oscura; el pelo lacio y negro  
 le caía sobre los hombros. Por debajo del pelo largo,  
 los costados de la cabeza estaban rapados. Se parecía

al dibujo de la tapa de *El último de los mohicanos*, un libro que estuvo un tiempo por mi casa y creo que leí de chico, y si no lo leí seguro al menos pasé varias horas de aburrimiento viendo la tapa, que era toda amarilla con el dibujo de un indio con un hacha en la mano, un indio guerrero pero bueno, en el dibujo se notaba claro que él era el héroe, que con su hacha iba a rescatar a una princesa o a un pueblo, o que iba a vencer a los villanos. Y el chico que yo tenía encima era igual al dibujo, pero gritaba que yo le había robado la novia y daba miedo. De repente alejó su mano de mi cara con asco. La mano estaba mojada porque mi cara estaba mojada, y mi cara estaba mojada porque yo estaba llorando a todo lo que daba. Se apartó un poco y me miró como si en vez de estar llorando me estuviese derritiendo. No dijo nada, pero tampoco se fue, sino que se me quedó mirando. Y yo seguía llorando, en parte porque no podía parar (no lloro mucho, pero si me largo después no sé cómo parar) y en parte porque me di cuenta de que las lágrimas me protegían de su ataque. Entonces, si dejaba de llorar, me iba a volver a atacar y eso me motivaba a llorar más y más, mientras esperaba a que se fuera de una vez. Pero no se iba. Me miraba en silencio, concentrado, esperando a que

terminase de llorar. Y yo que me estaba quedando ya sin lágrimas, porque en realidad no me había dolido, ni siquiera me había pegado tanto, era el susto más que otra cosa, tuve que ponerme a pensar algo triste para que las lágrimas salieran. Entonces pensé en mi papá, y después en cuánto extrañaba mi antigua casa y luego pensé en la Casa tomada y cómo la odiaba y cuánto miedo me daba. ¿Por qué teníamos que vivir nosotros ahí? ¿Qué hacíamos nosotros ahí? Y lloré y lloré y tuve mucha lástima de mí, pero después la lástima y las lágrimas se fueron y ya no me quedó nada adentro y me quedé callado. Y entonces nos quedamos en silencio los dos, sentados en el pasillo, creo que sin pensar en nada, al menos yo ya no pensaba en nada. Casi me había olvidado en dónde estaba y con quién, cuando Vladi dijo:

—¿Querés ver mi karting?



## Los planos de un karting

**T**odavía con el pecho dolorido y la cara hinchada de tanto llorar, seguí a Vladi hasta su habitación. Entramos. No más que una cama, ropa y pedazos de alambre tirados por todos lados. Dibujos directamente sobre la pintura de las paredes, grafitis y también papeles pegados con instrucciones. Vladi sacó la ropa y unas herramientas que había sobre la cama para que me pudiera sentar. Lo miraba moverse e intentaba calcular su edad. Era unos pocos años mayor que yo, tendría catorce. Me explicó que vivía solo en ese cuarto.

—Soy huérfano —dijo—. ¿Sabés lo que significa huérfano?

—Claro, no soy idiota.

O sea que Vladi no tenía madre ni padre. Como Harry Potter.

—Pago la habitación trabajando. Soy ayudante en la herrería.

En el sótano del edificio funcionaba una herrería anunciada únicamente con uno de esos carteles que giran por el viento. El dueño se llamaba Hugo y, cuando el día estaba lindo, en vez de quedarse en el sótano sacaba las soldadoras a la vereda y trabajaba ahí. Vladi me señaló una especie de mapa que ocupaba media pared.

—El karting. Bah, esa es la idea, todavía no empecé a construirlo.

En realidad hubiese preferido que me explicase por qué me había atacado y por qué decía que yo le quería robar la novia. Pero, como todavía estaba muy asustado, no dije nada y me acerqué a la pared a ver el mapa del karting. Nunca en mi vida había subido a un karting, ni siquiera tenía muy en claro cómo funcionaban. Sin embargo, entendí las instrucciones y los dibujos que Vladi había hecho. Cuando era chico, mi papá, que no llamaba, ni venía, ni aparecía por mi vida y continúa sin hacerlo, me mandaba un regalo para mi cumpleaños y siempre era el mismo: una caja de Lego para armar.

Por eso estoy muy entrenado para entender mapas de construcción. Y el karting de Vladi era algo especial. Casi como si fuera un auto sin motor.

Vladi esperaba de brazos cruzados. Presté especial atención a los planos buscando algo interesante para decir.

—¿Tiene techo descapotable?

Vladi asintió contento.

—Sí, para los días de lluvia.

Que yo supiera, un karting casero era una madera chata con rueditas y una soga para manejarlo. Pero el de Vladi más bien parecía uno de esos autos antiguos y lujosos, con muchos detalles, el más llamativo era el techo de lona que se guardaba con un extraño mecanismo en la parte trasera y que podía extenderse cubriendo al conductor. Vladi no me sacaba los ojos de encima y por la manera violenta con la que me había encarado en el pasillo, más los complejos planos del karting y la mirada que tenía en ese momento, me pregunté sino estaba loco.

—Mi nombre es Vladi.

—Yo soy Martín. Vladi... un nombre raro...

—Vladimir, según el documento. Pero todos me dicen Vladi.

—Ruso, ¿no?

—No tengo idea.

Si de algo no tenía cara Vladi era de ruso. Se sentó también sobre la cama y comenzó a trabajar con sus herramientas y unos alambres, como si yo no estuviera.

—¿Te puedo preguntar por eso que dijiste... de tu novia?

No me miró al responderme.

—Me dijeron que estabas saliendo con Muriel.

—¿Muriel? Ni siquiera sé quién es.

—Yo escuché por ahí que ahora es tu novia...

—¿Cómo va a ser mi novia si no sé quién es?

—Ya vamos a ver...

Después de esa frase, que me pareció un poco amenazadora, Vladi sacó una caja de abajo de la cama. En la caja había cinco modelos hechos

en metal y alambre: un dinosaurio, un alien, un esqueleto y dos guerreros. El nivel de detalle era increíble, tenían ojos, bocas, espadas, cascos y colmillos. Le pedí permiso para mirarlos de cerca y al tenerlos en mis manos me di cuenta de que además todas sus articulaciones eran movibles gracias a los alambres. Eran perfectos juguetes de metal.

—¡Increíble! —exclamé—. ¡Sos un artista!

Al oír la palabra “artista” Vladi dejó lo que estaba haciendo y me miró.

—Gracias. Pero eso es solo una forma de matar el tiempo. Mi verdadero arte está acá.

Entonces sacó de una caja un montón de hojas escritas. Las repasó, como comprobando que no faltara ninguna. Se veía que estaban escritas con una letra diminuta que llenaba todos los renglones.

—¿Te gusta escribir? —pregunté.

Levantó la cabeza y me miró. Lo pensó unos segundos y luego volvió a guardar las hojas.

—Estos son los extrañamientos, pero no tengo ganas de hablar de eso ahora.

## Cómo funciona el arte

**E**s difícil entender cómo funciona el arte en mi mamá.

Ella puede estar tirada haciendo nada y de golpe pararse y ponerse a pintar. También puede estar pintando y de pronto tirarse a hacer nada. Reconozco que más de una vez pensé que en realidad más que artista es una vaga. Pero también le agarran ataques donde pasa días y días pintando en los que apenas se detiene para dormir, y entonces me doy cuenta de que realmente le apasiona lo que hace y que lo suyo no es vagancia. De cualquier manera me parece que hay una relación entre vagancia y arte, que todos los artistas son un poco vagos y todos los vagos, un poco artistas.

La terraza del edificio es compartida y se usa para colgar la ropa. Habíamos subido con mamá y estábamos abrochando sábanas a la soga cuando ella se quedó inmóvil mirando una de las

paredes blancas llenas de grietas. A esto me refiero cuando hablo de la relación entre ser vago y el arte, porque al final estaba colgando toda la ropa yo. Había subido para hablar con ella, preguntarle cuánto tiempo íbamos a tener que vivir en la Casa, qué haríamos después y todo eso. Pero me limité a seguir colgando la ropa y no dije ni una palabra. Cuando mamá pone esa mirada perdida, no importa que su cuerpo esté al lado tuyo, ella se fue.

Así que la dejé mirar la pared blanca todo lo que quisiera y terminé de colgar la ropa solo.

## Don Ramón (nada que ver con el Chavo)

**E**stábamos en el segundo piso esperando que nos abrieran la puerta. Vladi estaba parado al lado mío, tan al lado, que creo que estaba cuidando que no escapara. Abrió la puerta Ramón García, que ya expliqué que es el “jefe” del segundo piso.

—¿Y ustedes qué quieren?

La voz de Vladi salió compacta como si fuera un ladrillo.

—Venimos a ver a Muriel.

Don Ramón<sup>2</sup> gritó hacia el interior de la casa.

<sup>2</sup> Todos le decían así y yo no podía evitar pensar en el personaje del Chavo, aunque no se pareciera ni un poco, porque este don Ramón es petiso y gordito. En todo caso se parece más al Señor Barriga.

—¡Muriel! Te vino a buscar tu novio.

Luego nos hizo una sonrisa maligna y agregó:

—Ah... y también está Vladi.

Sentí un escalofrío. Eso es una frase hecha, ¿no? De esas que se repiten en las historias de suspenso o terror: "Un escalofrío recorrió su espalda"... Pero en este caso no se me ocurre mejor descripción porque fue como si un autito a cuerda hubiera sido puesto en funcionamiento en la base de mi cuello y desde ahí bajara recorriendo con sus rueditas mi columna. ¿Se había referido a mí como "el novio"?

Muriel apareció, descalza y con el pelo recién mojado, en el marco de la puerta. Don Ramón se retiró sin dejar de sonreír.

—¿Por qué tu papá anda diciendo que este es tu novio? —le dijo Vladi.

"Este" era yo. No me molestó. En realidad estaba totalmente de acuerdo con él: ¿Por qué su papá andaba diciendo que "este" era su novio?

—¿Qué sé yo? Preguntale a él.

En el silencio que se produjo a continuación tuve tiempo de darme cuenta de que Muriel era muy linda. Tenía una mezcla rara entre morocha y pelirroja, aunque no sé si eso es posible. Lo que quiero decir es que tenía el pelo negro pero con reflejos rojizos, la piel oscura y los ojos achinados.

—No me gusta que tu viejo ande diciendo eso.

Vladi serio me daba miedo. Y siempre estaba serio.

—Está bien —le respondió Muriel—. ¿Y yo qué tengo que ver? Hablalo con él.

Entramos. Yo no lo hubiera hecho, si no fuera porque Vladi me agarró del brazo y me arrastró. El padre de Muriel estaba sentado en un sillón mirando la tele. De perfil don Ramón se parecía aún más al Señor Barriga. Veía uno de esos programas de chismes que dan a la tarde. Vladi se le acercó y yo lo seguí.

—Don Ramón, ¿por qué anda diciendo que este es el novio de Muriel?

El padre de Muriel nos echó una mirada sin perder la sonrisa y volvió a su programa. Respondió con los ojos clavados en la tele.

—Novios... Novias... ¿Qué en serio se toman las cosas hoy en día los chicos!

—Yo soy el novio de Muriel —dijo Vladi y noté que don Ramón tragaba saliva como si estuviera tomando un medicamento—. ¿Por qué anda diciendo que es él?

Me sentí ascendido. De “este” había pasado a “él”. Era un avance. Aunque todavía no sabía qué hacía ahí y no veía la hora de irme.

—Qué querés que te diga, Vladi... —respondió don Ramón como si fuera lo más obvio del mundo—, me parece que este pibe tiene más que ver con Muriel que vos, es solo eso...

—¿Por qué?

—Qué sé yo, parece un pibe bien, eso quiero decir...

En ese momento no podía pensar en otra cosa que en mi seguridad personal. Ya era bastante feo para mí estar viviendo ahí como para encima meterme en problemas con los vecinos, solo podía pensar en llegar pronto a mi cama.

—¿Qué quiere decir “pibe bien”? —preguntó Vladi—. Vive en esta casa, igual que yo.

—Sí, ya sé que vive en esta casa —respondió don Ramón sin sacar los ojos de su programa—, pero miralo...

Me miraron. Yo también me miré. Pero internamente. Revisé bien cada parte de mi cuerpo, de mi cara, de la ropa que llevaba puesta, y no noté nada raro, nada que “mirar”.

—¿Qué tiene? —dijo Vladi mientras me miraba—. ¿Que es rubio? ¿Que es blanquito?

—Vos sos chico todavía —respondió don Ramón como si estuviera dando una clase—. Imaginate que él y vos van a buscar un trabajo. ¿A quién te creés que se lo van a dar? No pensás en el futuro, por eso no entendés: mi hija tiene más que ver con este pibe, eso es todo lo que digo.

—Si es por el color de piel, Muriel es tan negra como yo.

Don Ramón reaccionó como si Vladi, en vez de haber hablado, le hubiera pegado una patada en la cabeza. Se paró hecho una furia, rojo del odio. “Acá se pudre todo”, pensé yo. Pero, como si de repente recordara algo, don Ramón volvió a sentarse.

—Estos pendejos de ahora... Vamos, váyanse, que no me dejan ver la tele.

Después nos miró a los dos sonriendo.

—No te hagas el vivo, ¿entendiste? —le dijo a Vladi.

—Saludos a tu mamá, nene —me dijo a mí.

## Terraza para tres

**E**stábamos en la terraza. Era de noche y Vladi tenía la mirada perdida en la ciudad oscura. Las calles apenas se distinguían unas de otras, solo brillaba la avenida a unas cuadras, con los camiones yendo al puerto. Al salir de lo de don Ramón, Vladi había subido hasta la terraza casi como un zombi, y yo lo había seguido, sin saber bien por qué.

—¿Qué es eso de los extrañamientos? —le pregunté.

Tardó bastante en responder, se quedó un rato mirándome, creo que ya se había olvidado que estaba ahí con él.

—Cuando estábamos en tu cuarto dijiste que tu verdadero arte eran los extrañamientos. Y quiero saber. ¿Qué son?

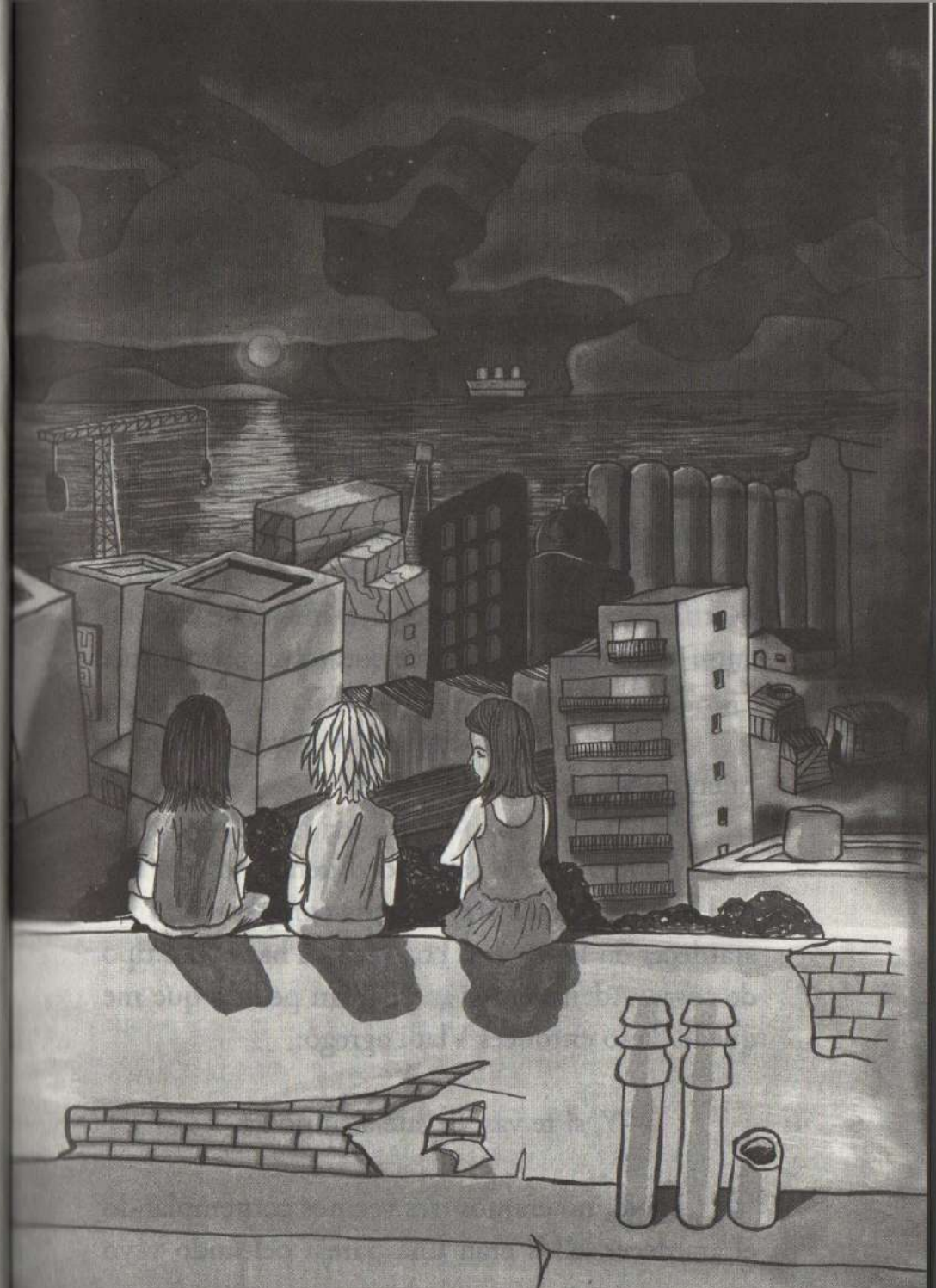
—Los extrañamientos son una forma de...

La puerta de la terraza se abrió. Era Muriel. Se acercó a nosotros con las manos en los bolsillos, como si estuviera paseando por una avenida, tuviera muchos lugares para elegir y casualmente decidiera acercarse a nosotros. Noté un cambio de actitud en Vladi. Un minuto antes parecía triste, como pinchado, pero apenas oyó la puerta cambió a esa pose de duro, como de vaquero del Lejano Oeste mirando el horizonte. En vez de un atardecer rojo sobre el desierto de Arizona, él miraba el cielo lleno de smog.

—¿Qué hacen? —preguntó ella.

—Nada... —respondió él, seco.

Muriel se sentó con nosotros. Nos quedamos los tres un buen rato mirando la nada. Yo estaba en el medio, ella a la derecha y Vladi a la izquierda. Me quería ir pero no me animaba. Por otro lado, la situación un poco me gustaba, era algo nuevo, como una gran aventura, y Vladi y Muriel tenían un par de años más que yo, y eso volvía todo más interesante. Después de un rato pensé que ya había sido suficiente, seguro que



si me iba se pondrían contentos de poder hablar solos.

—Bueno, voy a ir yendo...

—Quedate, Martín.

La voz de Vladi sonó mitad amable mitad amenaza. Si hubiera dicho “¿por qué no te quedás?” o “no hay problema, Martín, quedate” o “¿seguro que no te querés quedar?”... Pero no: “Quedate, Martín”, y yo, que ya estaba a mitad de camino entre sentado y parado, tuve que volver a sentarme.

—Sí, quedate, todo bien —agregó Muriel, mientras me sentaba de nuevo.

De vuelta el silencio. Bueno, no está tan mal, pensé. Somos tres vecinos compartiendo un atardecer en la terraza. Los vecinos hacen ese tipo de cosas. Además ellos me habían pedido que me quede. Pero entonces Vladi agregó:

—Y, si te vas, llevate a tu novia.

No, no éramos tres vecinos contemplando el atardecer, ellos eran una pareja peleando y yo

estaba en el medio. Ella resopló y se paró para irse. Él no la detuvo. Cuando estaba por abrir la puerta, Muriel se dio vuelta y gritó:

—¡Sos un tarado! ¿Qué te importa a vos lo que diga papá? Lo que él piense es cosa suya, no quiere decir que yo piense lo mismo...

Después se fue. Vladi ni se dio vuelta a mirarla. Siguió con la mirada perdida entre los edificios, pero yo pude notar ese cambio en la posición, el pase de vaquero solitario a chico triste. Ni idea cuánto tiempo pasó. Un montón. Finalmente hablé yo pero casi sin darme cuenta.

—Tengo hambre —dije.

Me miró y sonrió.

—Tenes razón. Bajemos.

## La madre de una madre

**E**l domingo siguiente fuimos a ver a mi abuela, la madre de mi mamá. A la familia de mi papá casi no la conozco. Y mi abuela es un caso especial. Mi mamá no tiene hermanas, es hija única como yo, y tiene una relación bastante difícil con mi abuela. Básicamente están peleadas. Desde siempre. Estar con las dos juntas es como presenciar una de esas reuniones de las Naciones Unidas donde países muy enojados entre sí se sientan a la mesa a tratar de entenderse, solo para evitar la guerra. Así es con ellas, si vamos a visitar a mi abuela es para evitar esa supuesta guerra, lo mismo que si mi abuela acepta darle la razón a mamá en algo, también es para evitar la guerra. ¿Cómo sería esa guerra en caso de desatarse? No lo sé. Supongo que terrible. Y, como en toda guerra, vale mentir. Siempre, antes de llegar a la casa de mi abuela, mamá tiene una larga charla conmigo

donde repasamos los temas sobre los que se puede hablar y los que no. En su defensa aclaro que no me pide que mienta, pero sí que acomode la verdad a lo que quiere mostrarle a la abuela. Por eso digo que es como si fuéramos diplomáticos o embajadores que tienen que estar atentos a cada palabra que dicen para no meter la pata. Hay una frase con la que mi mamá justifica los cuidados que me pide que tome para hablar con la abuela: "Vos sabés cómo es tu abuela". Y yo entiendo perfectamente. Quiere decir que mi abuela tiene una visión particular de la vida, de ella misma y de mi mamá. No se cansa de decir una y otra vez que ella, que toda su vida fue una mujer buena y normal, tuvo una hija medio loca y excéntrica, y que su hija, que toda su vida fue medio loca y excéntrica, tuvo un hijo bueno y normal, o sea yo. Estoy seguro de que un psicólogo le explicaría que ni ella es tan buena y normal, ni su hija tan loca y excéntrica y que, en cuanto a mí, lo mejor es que me deje afuera de sus ideas. Pero no creo que un psicólogo le haga efecto a mi abuela, porque ella tiene la capacidad de escuchar lo que quiere y seguro que se iría del psicólogo pensando "yo sabía que tenía razón".

Mi mamá también tiene su parte. Es muy orgullosa y nunca quiere pedirle nada a la abuela.

Por ejemplo, habríamos podido evitar ir a vivir a la Casa, si le hubiese pedido prestada plata o inclusive que nos dejara vivir en su casa, que es muy grande, cómoda y tiene un montón de habitaciones vacías.

Estuvimos casi toda la tarde ahí. Primero almorzamos y después yo prendí la tele. Ellas hablaban pero de nada importante, de una tía a la que hace mucho no vemos, de cómo le gustaban a mamá los repollitos de Bruselas cuando era chica y de por qué ahora no le gustan más y de cómo la abuela se arrepiente de haberle dado tantos repollitos de Bruselas, y mamá le dice que no importa, y yo me doy cuenta de que le gustaría que se disculpara por otras cosas y no por los repollitos de Bruselas. Y también me doy cuenta de que mamá quiere decir algo, que siempre está por hablar y no lo hace, me doy cuenta por cómo mira para el costado y se retuerce las manos; por cómo se acomoda los anteojos y los limpia varias veces, y también noto cómo la conversación se va empantanando, cómo ninguna de las dos dice lo que quiere decir, cómo chocan y se desentienden, "Viste que la ropa de antes era mejor", "Claro, más resistente", "No, al diseño me refiero", "Ah", y así con cada tema, si una da un paso para acercarse, la otra, sin darse

cuenta, se aleja más, como si fuera un baile; así están y a cada minuto se entienden menos.

Hasta que llega el momento decisivo. Mi abuela se sienta enfrente de mi mamá y dice:

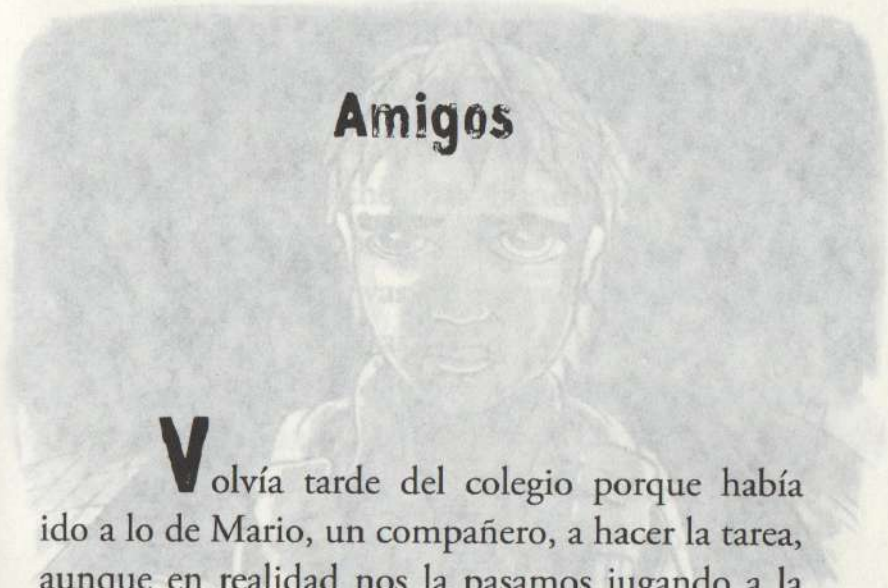
—¿Están bien? ¿Necesitan algo?

Mamá va a responder y se detiene. Baja la vista, la vuelve a subir. Sonríe.

—Bárbaro, estamos muy bien, no necesitamos nada.

Y yo le subo el volumen a la tele todo lo alto que puedo.

## Amigos



**V**olvía tarde del colegio porque había ido a lo de Mario, un compañero, a hacer la tarea, aunque en realidad nos la pasamos jugando a la Play. Estaba a dos cuadras de la Casa y ya era de noche. Doblé en una esquina y vi a un grupo de chicos más grandes sentados en la vereda. Pensé en volver para atrás y agarrar por otro lado, pero si lo hacía iban a darse cuenta de que era por miedo a ellos. Seguí caminando. Cuando llegué a donde estaban, uno que yo ya había notado que me estaba mirando se paró en medio de la vereda, cortándome el paso. Intenté pasar por su izquierda, después por su derecha, pero no me dejó. Los demás se fueron acercando y me rodearon.

—¿Por qué tan apurado? ¿Vas al colegio a esta hora? —preguntó uno al que ni le vi la cara porque lo tenía atrás.



—No... estoy volviendo.

El que había hablado, de repente, metió la mano en el bolsillo de mi campera para revisar si no tenía plata. Lo hizo con tanta fuerza que lo descosió.

—Che, tenés la campera rota...

Los demás se rieron de su ocurrencia.

—¿Y en la mochila? ¿Qué tenés en la mochila? —dijo el que estaba adelante.

—Nada... la carpeta... la cartuchera...

—A ver... dámela.

—A mí me vendría bien la mochila —dijo uno que no era mucho más grande que yo y que estaba un poco más atrás.

—¿Para qué vas a querer mochila vos, si no tenés nada que llevar?

—Claro, porque vos la vas a usar para ir al colegio, ¿no?

—Yo no uso esa mochila de gil ni que me paguen, pero quiero ver qué tiene adentro.

Mientras ellos discutían yo aferraba con mis manos los tirantes de la mochila. Uno de atrás me la quiso sacar de un tirón, pero no pudo porque la tenía bien agarrada.

—Mirá cómo la cuida, seguro que tiene algo.

—¿Tenés plata ahí? Dame la mochila.

Me quise defender y empujé al que tenía enfrente. Me pegó una piña en el estómago. Fue un segundo nada más. Estiró el brazo hacia adelante con un movimiento rápido y sentí como si toda la sangre se me fuera a la cara, mientras el dolor crecía adentro de la panza. Caí al piso y me

sacaron la mochila. La abrieron y se amontonaron para mirar, decepcionados, mi carpeta, mi cartuchera y una regla rota. En eso estaban cuando escuché una voz.

—¿Qué pasa?

Vladi se acercaba al grupo desde la esquina.

—¡Eh, Vladi! —dijo con alegría uno de los que tenía la mochila.

Algunos se acercaron a saludarlo, pero él fue directo hacia donde estaba yo.

—¿Qué hacen? ¿Tan cagones son? ¿Por qué joden a la gente del barrio?

—¡Qué del barrio! —dijo el más alto, el que me había pegado la piña—. Este pibe vive del otro lado de la avenida por lo menos...

—No, vive en la Casa, conmigo.

—¿Qué va a vivir en la Casa, mentira...

Vladi le clavó la vista. Se paró y se le puso enfrente. El alto dudó unos segundos. Después se acercó a mí.

—Igual estábamos jugando, lo quería asustar un poco para que sepa que no tiene que venir de afuera a joder acá. ¿Por qué no nos dijiste que eras de la Casa, pibe? —dijo mientras me ayudaba a pararme.

Entre todos juntaron mi carpeta, la cartuchera y las cosas que habían caído al piso. Lo metieron todo en la mochila y me la devolvieron. De a uno me pasaban la mano por el pelo revolviéndolo o me pegaban una cachetadita simpática, como si fueran parientes cariñosos.

—¿Qué susto, ¿eh?

—¿Te la creíste, no?

—Pobre, mirá la cara que tiene....

—Todo bien, amigo... igual no iba a pasar nada grave.

Volví a la Casa con Vladi, caminando los dos en silencio. Yo quería decirle al menos gracias, pero no me salía. Recién cuando estuvimos en la puerta del edificio salieron las palabras, pero otras distintas a las que había pensado.

—Vladi, ¿qué es un extrañamiento?

## Los extrañamientos

—Un extrañamiento es mirar algo que conocés desde siempre pero de otra manera.

—Vladi, por favor...  
Estábamos en la habitación de Vladi. Había apagado la luz principal, la de la bombilla que colgaba en el centro del cuarto, y solo nos iluminaba un velador que tenía en un rincón.

—Puede ser cualquier cosa, cualquier idea, sobre cualquier tema. Lo importante es el sentimiento que te produce. Un sentimiento extraño, por eso los llamo "extrañamientos", y mientras mejor funcionan más extraño te sentís; algunos incluso me hacen olvidar dónde estoy parado, como si fuera a desaparecer, no... no desaparecer... como si fuera otra persona, no... ni siquiera otra persona, otra cosa... ¿Entendes?

—No mucho...

—En realidad, cualquier cosa o idea puede producir un extrañamiento, lo importante es cómo la mirás, cómo la sentís....

Vladi se quedó un rato pensando. Después agarró una taza que tenía en un estante.

—Por ejemplo esta taza. Es una taza común y corriente, ¿no? Bueno, ahora imaginate que es una cosa horrible, la cosa más horrible del mundo.

—¿Cómo va a ser una taza la cosa más horrible del mundo? No entiendo.

—Hay que hacer un esfuerzo. Pensá que todo lo horrible, malo y triste del mundo es esta taza. ¡Olvidate que es una taza! Lo que estoy diciendo es que el horror lo podés poner con la mirada. Es cuestión de concentrarse.

Muy serio, Vladi ponía la taza frente a mi cara y mis dudas sobre si no estaba medio mal de la cabeza parecieron confirmarse. Más por terminar con el tema de una vez que porque me hubiera parecido creíble lo que él decía, intenté “ver con horror” a la taza. Al principio no pasó nada, pero después de un rato, y quizás por efecto de la poca

luz y la manera en que Vladi la sostenía (medio en el aire), comencé a verla extraña. Como si hubiera algo fuera de lugar en ella, algo que no podía explicar pero que ¿me molestaba? No hizo falta que dijera nada. Mi mirada le indicó a Vladi que el experimento estaba funcionando.

—Muy bien. Ahora olvidate completamente de la maldad de la taza y tratá de verla como la cosa más hermosa y buena del mundo.

—Vladi, por favor...

—Ya sé que parecen locuras, pero probalo. Si no funciona, ¿qué perdés?

Esta vez sucedió más rápido. La misma taza, bajo la misma luz, me pareció esta vez como más armoniosa, más simpática. Fue un cambio muy leve.

No diría ni que el primero ni el segundo “extrañamiento” funcionaron del todo conmigo; supuse que Vladi tendría más facilidad que yo para cargar a las cosas de horror o bondad, pero me pareció que iba entendiendo la idea. A él nunca se lo dije pero esa noche, en mi colchón, mientras trataba de dormirme, volví a pensar en la taza. Sin tenerla delante, los extrañamientos funcionaron

mejor. Primero pensé en la taza como algo triste y solitario, y realmente me dio mucha lástima. Casi lloro. Suena completamente ridículo, pero es cierto. Y después la imaginé como algo alegre, una taza de pura felicidad. Y casi lloro de vuelta, pero esta vez de alegría.

## Se viene algo

**M**amá durante una hora con la vista clavada en una pared blanca de la terraza.

Mamá mirando el frente del edificio.

Mamá mirando el edificio desde la esquina.

Mamá mirando el edificio desde la otra esquina.

Mamá en el pasillo, durante horas, sin darse cuenta de que interrumpe el paso.

Mamá de nuevo en la terraza.

Mamá revisando los pocos azulejos que quedan sanos en la cocina compartida.

Mamá subiendo a la terraza dos o tres veces por día.

Mamá con cara de concentrada hablando sola.

—Claro que sirven. ¿Querés ver la pista?

Conozco todos estos signos, porque los vi muchas veces: mamá está planeando algo.

## El parque

De la casa de mi abuela traje algunas chapas y maderas que había en el jardín porque me imaginé que le podían servir a Vladi para el karting. Cuando se las di, las miró con tanto interés que por un momento pareció olvidarse que yo estaba delante. Se puso a revisar los planos pegados en la pared de su habitación, haciendo cálculos mientras medía las maderas y las chapas.

—¿Y? ¿Sirven? —pregunté, porque ya me estaba aburriendo.

Se dio vuelta sonriendo.

—Claro que sirven. ¿Querés ver la pista?

Fuimos al parque que está a unas cuabras de la Casa. Es un parque muy bonito, con varias

lomadas y escaleras antiguas. En una de esas lomas, el camino baja de forma bastante empinada y cuando llega a la parte más baja del parque dobla hasta terminar sobre la avenida.

—Los sábados a la tarde viene gente de todos lados con su karting para tirarse por esta pendiente.

—Pero debe ser peligroso. ¿Cómo frenás?

—Depende del modelo. El que yo estoy armando lo tienen que manejar dos personas. Una va sentada adelante, agarrando las sogas que hacen de volante y permiten doblar a la izquierda o la derecha, y la otra va atrás, a cargo de los frenos.

—¿Y cómo frena?

—Con los pies.

—¿Con los pies?

—Tiene que ir muy atento a la velocidad y, cuando el karting necesita ir más lento, va apoyando los pies —con unas buenas zapatillas, claro— en el piso, de a poquito hasta frenarlo.

—Como en el auto de los Picapiedras...

—Claro, de ahí lo saqué.

Me puse a imaginar cómo sería estar en el lugar del encargado de frenar, una pierna a cada

lado del karting, con los pies flotando a pocos centímetros del piso, listo para ir pisando de a poco, deteniendo la tierra con los pies, como si la tierra fuera un animal que tiene que ser domado y que con cada pisada se va volviendo más manso.

—Por eso quería que conocieras la pista, quiero que seas mi co-conductor.

—¿El que se encarga de frenar?

—Sí.

—¡Ni loco!

—¿Por qué? Si te faltan un buen par de zapatillas, yo te presto...

—No es por eso, zapatillas tengo, pero me parece peligroso.

—No, para nada. ¿Por qué va a ser peligroso?

—Y... te podés quebrar un pie frenando, o podés no frenar y darte de cabeza contra el piso.

—También podés ir cruzando una calle, quebrarte el pie y caer de cabeza contra el piso. Si es por eso, no salgas de tu casa.

—No, no es así. Es más probable que te rompas la cabeza tirándote por una bajada con un karting casero hecho con chapas y madera que cruzando una calle.

—Mentira. Estoy seguro de que en todo el mundo hay mucha más gente que se lastimó cruzando una calle que tirándose con un karting...

—Seguro, pero eso es porque hay mucha más gente que cruza calles que gente que se tira en karting y eso es así porque tirarse con un karting es peligroso.

Vladi dejó de discutir y se quedó en silencio, algo enojado. Creo que estaba acostumbrado a ganar las discusiones, y conmigo no le resultaba tan fácil.

—Hagamos una cosa: probémoslo ahora mismo.

—¿Cómo?

—Juguemos una carrera hasta abajo. Hagamos el mismo recorrido que haríamos con el karting pero corriendo. Primero corriendo a toda velocidad y, cuando ya estemos abajo, vamos frenando con el mismo sistema.

—Sí, pero no es exactamente lo mismo...

—No, pero así vas a ver que no es tan peligroso como vos decís, porque desde acá la pendiente parece muy empinada, pero no es para tanto, corriendo te vas a dar cuenta.

Yo no tenía ganas de correr. Creo que nunca me gustó demasiado, no sé por qué. Cuando corro me siento estúpido.

—Excepto que no quieras correr porque sabés que vas a perder...

El viejo truco de acusar al otro de cobarde. ¿Por qué siempre funciona? Ni bien Vladi dijo eso, me preparé para correr como si estuviera en los Juegos Olímpicos. Tomamos una roca de referencia como la línea de largada, nos acomodamos, él contó hasta tres y comenzamos a correr.

Bajaba a toda velocidad, como si mis piernas fueran dos remos gigantes que empujan el mar o dos alas de avión que cortan el aire y, la verdad, era genial. Vladi corría muy cerca, un relator hubiera dicho que íbamos "cabeza a cabeza", todavía no había un ganador. Por momentos ambos pies se separaban del suelo, quedaba en el aire, como volando, hasta tocar de nuevo tierra, para salir otra vez propulsado, y me pregunté si esa corrida no era también una especie de extrañamiento, si rebotar con los pies contra el piso a toda velocidad no era también algo extraño que cambiaba mi mente, como decía

Vladi. Correr se convertía en volar a saltos, y ya no era correr, era un extrañamiento.

Quizás porque venía pensando en eso, no me di cuenta de que tendría que haber empezado a frenar antes. Ya estábamos casi en la parte baja, donde el camino doblaba hacia la izquierda, pero yo no iba a llegar a doblar, ya me daba cuenta, veía el grupo de arbustos que tenía adelante después del camino, y sabía que iba a terminar contra ellos. Cuando el camino acabó bajo mis pies, o mejor dicho cuando el camino dobló y mis pies siguieron de largo, intenté una maniobra torpe que solo sirvió para chocar con Vladi. Él terminó cayendo de cabeza en los arbustos, yo doblé, pero no con mis pies, sino con todo mi cuerpo, que siguió rodando por el camino como si fuera una alfombra enrollándose. Me detuve cerca de la avenida, con las rodillas magulladas y un codo sangrando. Vladi salió de entre los arbustos, con la cabeza llena de hojas.

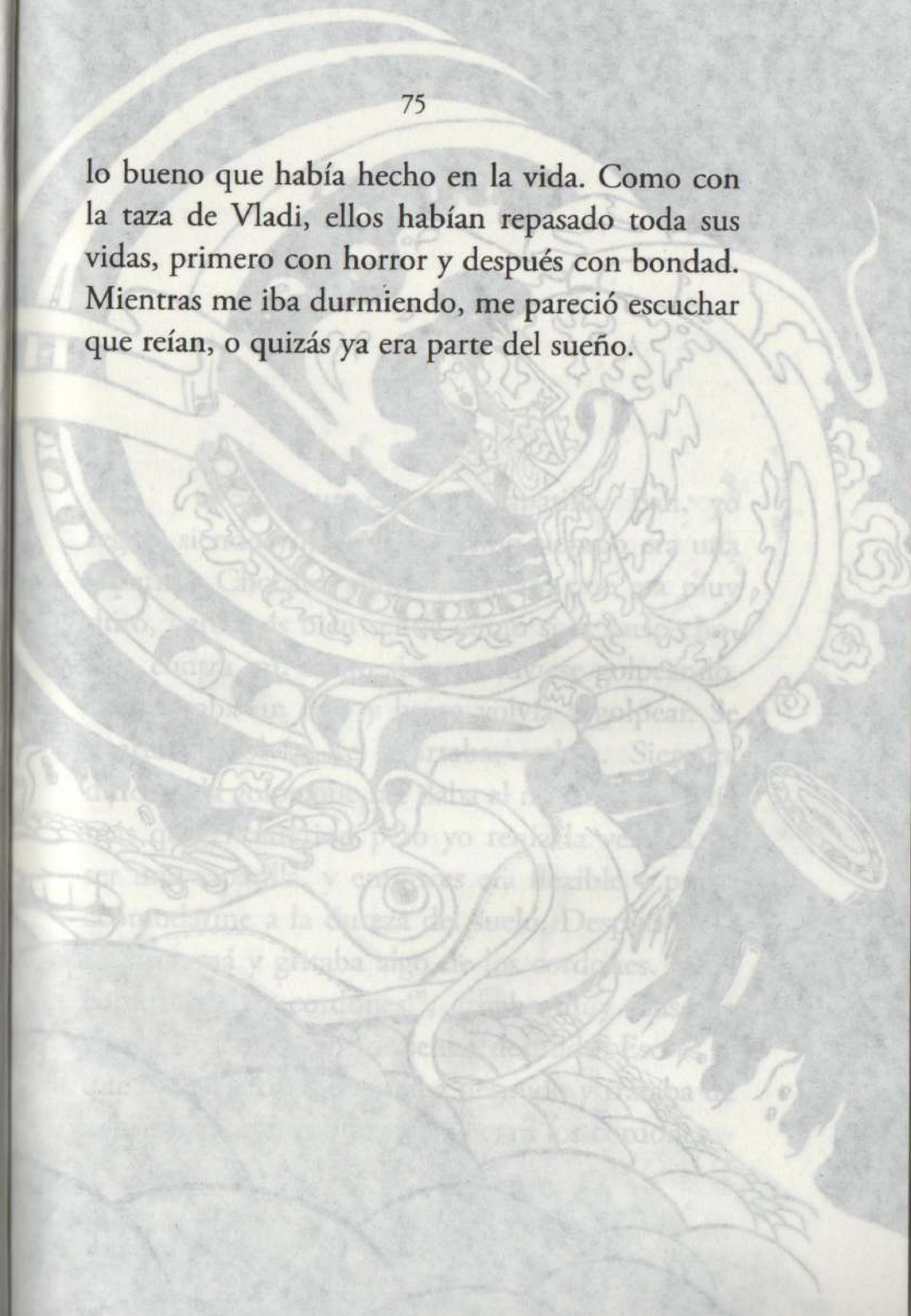
—Ves... —dijo—, con un karting esto no pasa...

## La casa de noche

**E**sa noche me costó dormir. Más que nada por culpa de una pareja que, en alguna de las habitaciones de la Casa, se peleaba con todo. Y cuando digo con todo, lo digo en serio. Mamá ya se había quedado dormida y yo estaba intentándolo. Era imposible no escuchar; al principio hasta me daba gracia: la mujer acusaba al hombre de ser un vago y un montón de cosas más. Él, calladito. Hasta que se ve el que el tipo se cansó, y le empezó a responder con gritos más fuertes. Se escuchaban otros sonidos también, televisores prendidos, risas, música, gente que hablaba. Pero la pareja iba tapando todo. Al parecer tenían también un bebé, que, para no ser diferente, se puso a llorar a los gritos. Y entonces se empezaron a decir cosas peores. Los dos acusaban al otro de haberle arruinado la vida. Yo nunca había escuchado decir cosas como esas. Mi mamá nunca me grita ni pega ni nada de

eso. Por eso quizás no estoy acostumbrado. Pero esto era fuerte en serio. Repasaban cada momento que habían estado juntos, cómo se habían conocido, qué pensaban sus padres del otro, pero todo de la forma más oscura posible. Estuvieron horas, parecía que no iban a terminar nunca. Yo apretaba mi cabeza debajo de la almohada pero no lograba dejar de entender cada palabra. Después, de los gritos pasaron a pegarse, o tirarse cosas, no sé, me llegaban ruidos de cosas que se rompían, gritos de ella y al final, un largo y grave grito de dolor de él, que sonó como un rinoceronte cazado. Silencio. Yo ya no me podía dormir. Quería saber qué había pasado. ¿Ella lo había matado a él? ¿Él a ella? ¿Había pasado como en las películas y los dos se habían matado al mismo tiempo? Después fui distinguiendo un ruidito. Un ruidito chiquito, casi como un ronroneo. Se me pasó por la cabeza la imagen de un ratón, no sé por qué el ruidito me sonaba a ratón. Pero no, era ella. Estaba llorando. Lloraba bajito y decía algo que no llegué a entender. Y entonces empezó a llorar él, fuerte y grave, un rinoceronte llorón. Se estaban reconciliando. Se pedían perdón con la misma fuerza que antes se habían insultado. Ahora se decían cosas lindas. Entre lágrimas, los dos le reconocían al otro todo

lo bueno que había hecho en la vida. Como con la taza de Vladi, ellos habían repasado toda sus vidas, primero con horror y después con bondad. Mientras me iba durmiendo, me pareció escuchar que reían, o quizás ya era parte del sueño.

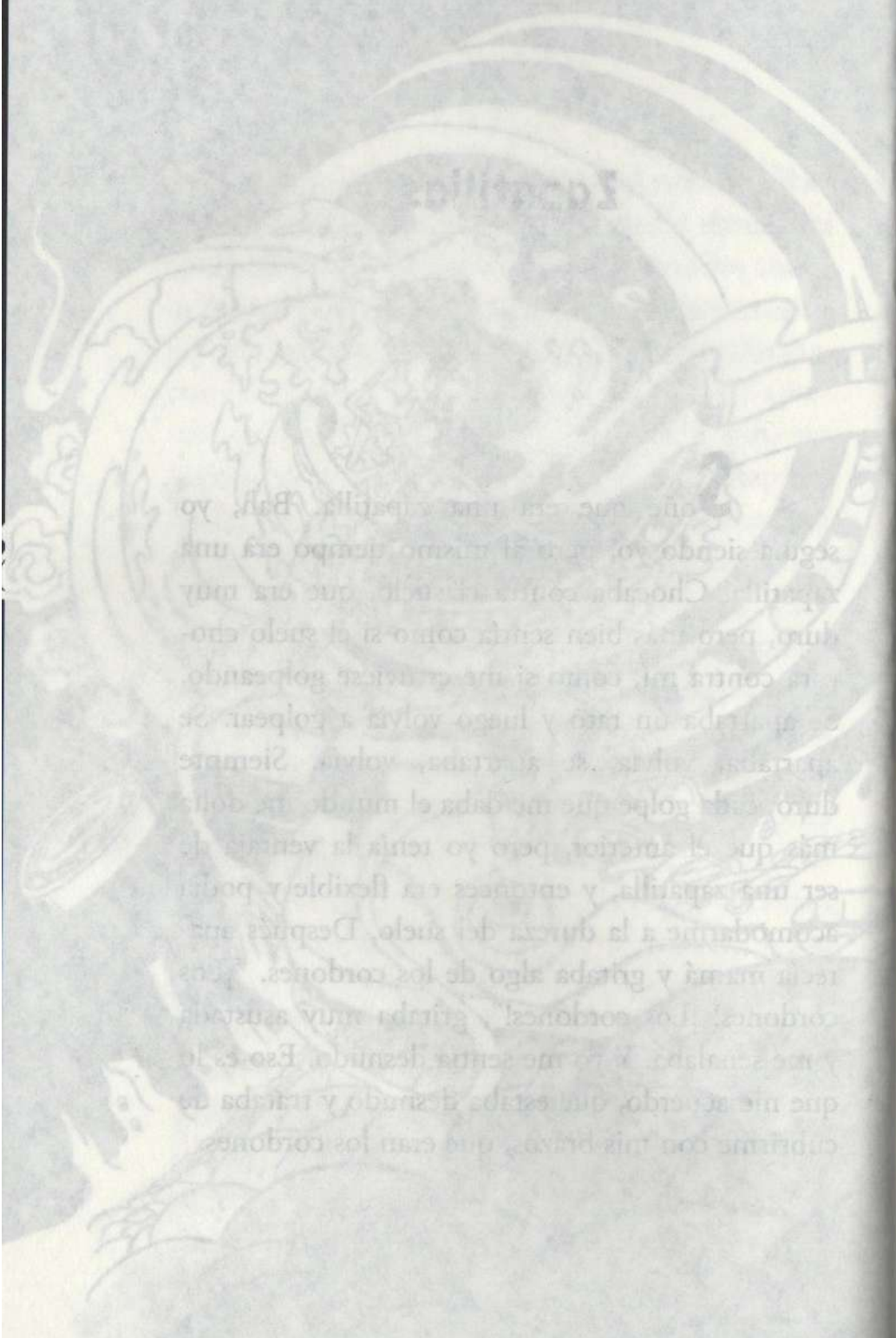




## Zapatillas

**S**oñé que era una zapatilla. Bah, yo seguía siendo yo, pero al mismo tiempo era una zapatilla. Chocaba contra el suelo, que era muy duro, pero más bien sentía como si el suelo chocara contra mí, como si me estuviese golpeando. Se apartaba un rato y luego volvía a golpear. Se apartaba, volvía, se apartaba, volvía. Siempre duro, cada golpe que me daba el mundo me dolía más que el anterior, pero yo tenía la ventaja de ser una zapatilla, y entonces era flexible y podía acomodarme a la dureza del suelo. Después aparecía mamá y gritaba algo de los cordones. “¡Los cordones! ¡Los cordones!”, gritaba muy asustada y me señalaba. Y yo me sentía desnudo. Eso es lo que me acuerdo, que estaba desnudo y trataba de cubrirme con mis brazos, que eran los cordones.

curso le organiza el año. De marzo a septiembre se la pasa armando la novela, porque en septiembre



## Concursos

Los artistas tienen su propia lotería, que son los concursos. Así como hay gente que juega a la lotería un número y después mira la tele para saber si ganó o perdió, los artistas mandan su obra a concursos y esperan ansiosos que llegue el correo con la carta que les anuncie que ganaron. Si no te llega nada, quiere decir que perdiste. Esto es igual con todos los artistas, músicos, pintores, escritores, o por lo menos con todos los artistas que necesitan un premio para pagar deudas, que son el único tipo de artistas que conozco, o sea mamá y sus amigos. El tío Julián, por ejemplo. El tío Julián es escritor y son amigos con mamá desde que eran chicos, por eso le digo tío aunque en realidad no lo sea. El tío Julián manda todos los años una novela al mismo concurso y todos los años pierde. El concurso le organiza el año. De marzo a septiembre se la pasa armando la novela, porque en septiembre

vence el concurso. Desde el momento en que manda la novela y el momento en que finalmente anuncian al ganador, mi tío anda contento e inclusive se entusiasma con que este año finalmente se le va a dar. A veces hasta empieza a decir qué es lo que va a hacer con la plata, o si tiene deudas las va estirando para más adelante porque dice: "Veamos si sale lo del premio y pago todo". Así anda cada día más contento, hasta que finalmente anuncian al ganador, se entera de que no es él, y entonces se deprime bastante. Dice que no va escribir más, que no sirve. Pasa más seguido a visitarnos porque mamá es la encargada de levantarle el ánimo, de decirle que no tiene importancia, que un jurado no puede decidir si él es un buen o mal escritor, y que tampoco importa si es bueno o es malo, lo que importa es si a él le gusta hacerlo (esa es la máxima de mamá sobre el arte: no importa si sos bueno o malo, lo que importa es si eso es lo que te gusta hacer). Entonces, poco a poco, se le va pasando la tristeza, va juntando fuerzas para un nuevo ataque. Por ejemplo un día dice algo como "Ahora se me ocurrió un nuevo ángulo para tratar la historia" o "Creo que finalmente entiendo de qué se trata este libro" o "Estoy mejor encaminado". Algo así. Para el verano ya está trabajando en una nueva versión.

Hasta la fecha, solo él y mi mamá leyeron la novela. Eso sin contar los jurados del concurso. Yo no sé si algún día ganará o no, pero estoy seguro de que la novela va estar buena porque le dedicó muchísimo trabajo y, según mamá, si uno trabaja mucho en algo al final las cosas salen.

Ella también entra en la lotería de los concursos, pero es un tipo de jugador muy diferente al tío Julián. No le dice nada a nadie nunca. Solo yo me entero, porque vivo con ella y la veo pasar días leyendo las bases del concurso al que quiere mandar sus pinturas, o repasando lo que tiene o lo que podría hacer. Para mí que cree que si dice algo pierde seguro, como si fuera una... ¿cábala se dice? O quizás es que no quiere que le pase como al tío Julián, tanta emoción para después desilusionarse. Debe ser eso. La cuestión es que en estos días anda detrás de algún concurso. Por un lado está contenta porque se le ocurrió algo, por el otro me parece que todavía no se anima a hacer lo que tiene que hacer o le falta algo a su idea, algo que todavía no cierra. No sé. Lo único que tengo claro es que mira mucho las paredes.

*y casenarles cómo  
batirlos que cazarlos. Entonces me imaginé que yo era  
uno de esos cuernicolas. Estoy dibujando, pensando en  
cómo hay que cazar animales, acordándome de cómo*

## Cavernícola extrañado

**E**stábamos en su habitación trabajando en el karting. Vladi estaba muy concentrado en los planos, las chapas y las maderas, yo no podía ayudarlo en esa etapa y comenzaba a aburrirme. Agarré la caja donde guardaba sus extrañamientos. Él me vio pero se ve que no le molestó porque no me dijo nada. Me puse a leer uno.

*Extrañamiento que se me ocurrió viendo un documental en la tele. Era uno de esos sobre los dibujos que hacían los cavernícolas en las cuevas, donde aparecían animales y hombres que los cazaban. El documental decía que los hombres cavernícolas hacían esos dibujos para mostrarles a otros hombres que en esa zona había animales como esos, y enseñarles cómo había que cazarlos. Entonces me imaginé que yo era uno de esos cavernícolas. Estoy dibujando, pensando en cómo hay que cazar animales, acordándome de cómo*

*son para hacerlos parecidos y me dejo llevar, y mezclo colores, agrego más figuras, y cuando termino lo miro y me doy cuenta de que me gusta, que eso que está en la pared me gusta, que hay algo que hace que no quiera apartar la vista, y ya no me importan ni los animales ni cazar, solo miro esos colores y figuras que salieron de mí mismo casi sin que me diera cuenta. Y me quedo toda la noche, porque me gusta tanto que no me puedo ir, quiero cuidar lo que hice, entonces me mudo a la caverna y vivo ahí, haciendo más dibujos. Y así nace el arte. Ese momento, ese hombre mirando por primera vez eso que antes era una pared de una caverna y ahora es otra cosa... debe haber sido increíble.*

## La obra

**C**omo un pájaro que empolla un huevo, mamá anduvo dándole vueltas a su idea hasta que finalmente la largó: quería pintar la Casa. Se le había ocurrido esa tarde que estábamos en la terraza. Que la Casa estuviera tomada no era excusa para que tuviera ese aspecto deprimente. Podía hacerse algo extraordinario, un enorme cuadro habitable, una obra que fuera de los techos a los pasillos, y de ahí al frente. En realidad mamá no es la primera a la que se le ocurre esta idea. Según ella misma me dijo, en distintas partes del mundo, artistas y vecinos han trabajado juntos para cambiar la cara de barrios enteros. Y, si en otras partes había funcionado, por qué no en nuestra ciudad. Solo era cuestión de convencer a los habitantes de la Casa. Mamá se lo planteó primero a Lucy, que de entrada mucho no la apoyó en la idea. Le parecía que los vecinos iban a reaccionar mal y

que de cualquier manera era mucho trabajo sin ningún beneficio: en cualquier momento la situación podía cambiar, los dueños podían finalmente tener todo en regla para vender, o la policía podía cansarse de hacer la vista gorda, o cualquier otro cambio de situación podía obligarnos a cambiar de vivienda. ¿Y entonces qué? “Incluso ustedes”, le dijo Lucy, “¿se van a quedar mucho tiempo más acá? ¿No sería mejor que vayas pensando en mudarse a algo mejor?”. Pero mamá estaba entusiasmada con la idea. En general busca hacer siempre algo distinto: si un año se dedica a pintar cuadros, al siguiente se dedica a la escultura, el diseño de objetos o el collage. Mi tío Julián dice que eso no le conviene, que tiene que hacer siempre lo mismo, porque esa es la única forma de triunfar; que un escritor, por ejemplo, tiene que hacer siempre novelas policiales, y solo novelas policiales, y no una policial, y después una romántica y después una de ciencia-ficción, porque si no la gente no entiende nada. Mamá piensa que eso es una estupidez, que hay que hacer lo que uno quiere en el momento que uno quiere, y ya los demás sabrán entender que uno a veces está policial, a veces romántico, a veces fantástico o de terror; nadie tiene siempre el mismo estado de ánimo.

Eso dice mi mamá y, como le gustan los desafíos y las cosas nuevas, yo sabía que no iba a abandonar su idea. ¿Cuántas veces se presenta la oportunidad de pintar un edificio entero? Quedaba un montón de cosas por resolver, por supuesto. Primero, que los vecinos estuvieran de acuerdo; segundo, conseguir plata para la pintura, los pinceles y esas cosas; tercero, buscar gente que la ayudase, porque ella sola no iba a poder. Yo no sabía cómo íbamos a conseguir la autorización de los vecinos, mucho menos de dónde íbamos a sacar la plata para la pintura, pero sí sabía quién podía ayudarnos con la obra y quizás también a solucionar los otros dos problemas. Porque sabía que mamá no era la única artista en la Casa.





## Hay equipo

**M**amá y Vladi estaban sentados en la cocina con un mate. La cocina compartida era muy chica, así que apenas entrábamos los tres sentados a la mesa. Se miraban, supongo yo, intentando adivinar qué pensaba el otro. Mamá, analizando la cara de indio serio de Vladi, y Vladi, tratando de descifrar los misterios de esa mujer flaquita y de anteojos, con pinta de hippie, aunque alguna vez hubiera sido punk. Sobre la mesa había algunos de los dibujos que mi mamá pensaba llevar a las paredes. Vladi analizó los planos en silencio. Mamá pasaba de mirarlo a él a mirarme a mí, esperando una reacción. Vladi comenzó a mover un dedo sobre los planos, yo no entendía bien qué estaba haciendo, pero mamá al parecer sí.

—¿Se te ocurre algo para agregar? —le preguntó.

—¿Puedo? —respondió él con timidez.

—Claro, sí —dijo mamá y le pasó un lápiz.

—Pero le voy a arruinar sus planos...

—No hay problema, son una copia. Cosas que se aprenden con los años, hacer copia de todo.

Él tomó el lápiz y comenzó a agregar líneas en los dibujos originales. Al principio no entendía qué era lo que estaba haciendo, pero luego sus agregados comenzaron a tener sentido. Entre los dibujos abstractos originales (mi mamá hace arte abstracto, lo que quiere decir que no dibuja cosas de ningún tipo, solo colores, rayas y explosiones que le surgen en su cabeza, dice que no quiere imitar nada de lo que ya existe, sino crear cosas nuevas), Vladi comenzó a agregar esos dibujos raros, como los que tiene en las paredes de su habitación. Uniendo tres líneas convirtió unas rayas que bajaban desde la terraza en una gigantesca serpiente, que a mí me parecía de esas que usaban los aztecas o los incas. Me daba curiosidad ver cómo reaccionaría mamá, porque en general trabaja sola y además es muy estricta con eso de lo abstracto. Pero no solo no le molestó el aporte de Vladi, sino que hasta le gustó. Fue sonriendo poco

a poco mientras él dibujaba, con esa sonrisa que hace de costado, que casi parece una sonrisa escapada contra su voluntad y, cuando él terminó, ella se quedó en silencio unos segundos, como pensando.

—Quedó mucho mejor —dijo finalmente.

Vladi sonrió contento, y eso que no sonríe nunca.

—En realidad suelo trabajar de otra manera —dijo mamá—, pero me gustaría captar el espíritu de este lugar, hacer algo que represente a la gente que vive acá. Y además... ¡sos muy bueno! ¿Siempre pintás?

—Sí, y también hago otras cosas, muñecos con alambres y metal...

—¡Qué bueno!

Me pareció que era el momento para intervenir.

—Contale de los extrañamientos —dije.

Vladi me miró muy serio, y me di cuenta de que había metido la pata.

—Eso... no es nada.

No dijo nada más. Continuó trabajando en los planos bajo la mirada atenta de mi madre. Me di cuenta de que no le gustaba hablar de sus extrañamientos. En parte me parecía lógico, era algo extraño, no para compartir con todo el mundo. Y él había decidido compartirlo conmigo.

## ¡Quieta, tierra!

Lo mirábamos los dos sin terminar de creerlo. Ahí estaba frente a nosotros, como si hubiera saltado de los planos a la realidad. El karting estaba terminado. Nos había llevado todo el sábado y el domingo encastrar las partes, incluso fue necesario usar la soldadora, para lo que fuimos al sótano, a la herrería de Hugo, donde Vladi trabaja como asistente. La herrería es genial, está llena de trastos tirados por todos lados, láminas de metal, hierros de esos que después se recubren con cemento para hacer los edificios, muchas herramientas y todo tipo de cosas.

Vladi usó un aerosol plateado para pintar las partes de madera, con lo cual todo el karting brillaba como si fuera de plata. También le hicimos dibujos de esos raros como los que él había hecho en su habitación y ahora quería llevar a todo el edificio: serpientes, guerreros y rayos. En

la parte de atrás se guardaba el techo descapotable, que en realidad era una bolsa de consorcio cortada al medio y luego enrollada, que al desplegarse se enganchaba en dos fierritos que había adelante y de esa manera cubría a los conductores. Ahora el desafío era probarlo. Lo llevamos al parque cargándolo entre los dos como si fuera un frágil y valioso bebé, el heredero de un reino, suponíamos. La gente se nos quedaba mirando cuando pasábamos, tratando de descubrir qué era esa cosa plateada que cargábamos con tanto cuidado. Llegamos al parque, subimos la loma y lo depositamos en el suelo. Mientras lo bajábamos de nuestros brazos al camino, se me vino la imagen de un cohete espacial descendiendo con delicadeza sobre la superficie de un planeta desconocido. Se veía hermoso. Bajo el brillo que le sacaban los rayos del sol, realmente tenía algo de nave espacial o de coche espacial, o al menos de karting espacial. Pero lo importante era ver si funcionaba. Y había una sola forma de saberlo. Nos ubicamos cada cual en su puesto; Vladi adelante, tomando la soga que manejaba las ruedas, y yo atrás, con los pies sobre el camino, listo para cumplir con mi función de freno humano. Por suerte no había nadie cerca, porque nos hubiera dado vergüenza hacer esa primera

prueba con público. Vladi me preguntó si estaba listo. Miré desde la cima la bajada que nos esperaba. Me di cuenta de que necesitábamos cascos. Era algo obvio, pero a ninguno de los dos se nos había ocurrido. Eso pasa cuando se hacen cosas sin madres cerca, una madre hubiera pensado en los cascos antes que nada.

—Necesitamos cascos —dije.

Vladi se quedó pensando unos segundos. Después largó un suspiro que me hizo pensar que íbamos a volver a la Casa y dejar la prueba para otro día, cuando hubiéramos conseguido los cascos.

—Es cierto —dijo.

Y dando un leve empujón con el pie, puso el karting a descender. Era demasiado tarde para quejarme, solo un segundo después ya bajábamos a toda velocidad. Vladi con la soga en la mano, como si estuviera cabalgando un caballo, y yo atrás, con las piernas un poco levantadas para que no toquen el piso, pero lo bastante cerca como para poder frenar cuando hiciera falta. Es que apenas el karting se puso en funcionamiento, algo cambió en mi cabeza.

En otro momento quizás me hubiese paralizado el miedo o me hubiera desesperado por detener el karting inmediatamente, lo que habría sido un gran error, ya que la primera parte de la bajada era muy empinada y si frenábamos ahí salíamos volando los dos de cabeza. Pero nada de eso pasó, porque de repente me sentí muy tranquilo. Estaba en el lugar que tenía que estar. Mientras bajábamos a una velocidad tan tremenda que casi sentía como si estuviéramos volando, me daba cuenta de que es estúpido lamentarse por el lugar en que uno se encuentra, porque eso no se puede cambiar. Aunque el lugar sea un volcán que está apunto de entrar en erupción. ¿Qué sentido tiene decir “uy, qué mal por qué estoy en este volcán y no en la playa”? Yo estaba arriba de un karting casero conducido por Vladi, bajando a toda velocidad, y de mí dependía que no nos rompiéramos la cabeza. Y eso estaba bien. Vivía en la Casa, mi madre era pintora y nunca iba a ser otra cosa. Y eso estaba bien también. La cuestión era saber qué hacer. Y en ese momento yo lo sabía. Al día siguiente, las piernas me dolerían por lo incómodo de la posición, por tenerlas así, al ras del suelo, pero en ese momento no me molestaban para nada. La meta estaba cerca. Vladi había logrado que el karting

siguiera el camino a la perfección. Ahora tocaba mi parte. ¿Cómo supe en qué momento tenía que empezar a frenar? La verdad no lo sé, fue algo natural. En un momento bajé mis dos piernas al mismo tiempo, mis zapatillas tocaron suelo y sentí como si salieran chispas para los costados, aunque no sé si realmente salieron o no. Rápidamente levanté los pies de nuevo, porque había que hacerlo poco a poco, paso a paso, esa era la clave. La avenida estaba más cerca, si no frenábamos íbamos a terminar en medio de la calle. Entonces sí, pisé con fuerza el piso, y sentí como si estuviera deteniendo el movimiento de la tierra, no del karting, como si la estuviera domando. ¡Quieta, tierra! ¡Quieta! Y Vladi acompañó tirando con la soga hacía atrás, igual que hubiese hecho con un caballo. El karting se quedó quieto en el lugar exacto en el que tenía que detenerse, donde terminaba el camino. Nos quedamos los dos sentados unos instantes sin decir nada. Después nos levantamos, fuimos hasta el pasto y nos tiramos a descansar. Y por un rato, nos quedamos contemplando en silencio a nuestro karting brillando al sol.

ni presentes, sino  
miles, millones, cientos de millones de instantes  
ciertos.



## La reunión

**E**n el hall había tanta gente que apenas entraban todos. Los habitantes de la Casa, sin que faltara uno solo, estaban presentes para oír la propuesta de mamá. En el medio del hall se encontraba la hippie-punk, esa pequeña mujer de anteojos que me tocó como madre, con los planos en la mano, lista para explicar su plan. Pero el cuchicheo general no permitía empezar la reunión. Entonces se puso de pie el Griego, líder de “La Pesada del Rock and Roll”, los dueños del tercer piso. Alzó los brazos, para mí que copiando el gesto de los políticos cuando van a empezar a hablar, y dijo:

—Silencio... silencio por favor. Como saben, organizamos esta reunión para discutir un asunto de importancia para nuestra comunidad. La señora Romillo —en esa parte señaló a mamá— se

encuentra viviendo con nosotros desde hace muy poco tiempo. No sé si todos la conocen —los presentes miraron a mamá, evaluando si la conocían o no—, la señora Romillo es artista. Antes de escuchar la propuesta de la señora, le decimos desde ya que nos alegra que una artista viva entre nosotros. Yo mismo siempre estuve vinculado con el mundo del arte. Como muchos saben, cuando era joven trabajé con Billy Bond y su grupo La Pesada del Rock and Roll, que fue el primer grupo de rock que existió en la Argentina. Todos hablan de Los Gatos, de Almendra, de Manal, pero el primer grupo verdadero de rock fue Billy Bond y la Pesada del Rock and Roll, que era rock de verdad y no musiquita para la radio. Ahora los pibes tienen la cabeza quemada por la cumbia o el reguetón, que cada día los hace más estúpidos y por eso no entienden nada; además en La Pesada del Rock and Roll fue donde empezó a tocar Pappo, el mejor guitarrista que tuvo este país. Me acuerdo que un día llega Pappo y me dice...

—¡Al grano, por favor!

Esto último lo gritó alguien, pero no quedó claro quién, porque cuando el Griego buscó con la mirada al irrespetuoso, nadie se hizo responsable.



—Muy bien —dijo el Griego, bastante ofendido—. Parece que hay gente apurada, así está el mundo, nadie tiene tiempo para hablar. La cuestión es que la señora Romillo es artista y quiere pintar el edificio con su arte.

Y se sentó sin que se le hubiera pasado el enojo. Entonces tomó la palabra la señora Claudia Danasi, que manejaba la planta baja.

—A ver, a ver... todo muy lindo con el arte y con la señora Romillo y su pintura, pero no se olviden de que nosotros estamos acá con una situación especial, ¿se entiende? ¿Nos les parece que vamos a llamar un poco la atención? Estamos acá de ilegales. ¿Y qué hacemos? Pintamos el edificio de mil colores... ¡Es como poner un cartel luminoso que diga "edificio tomado"! Lo lamento, querida —dijo dirigiéndose a mamá—, yo sé que usted ofrece lo suyo de buena voluntad, pero hace poco que vive en este lugar y se le nota que no sabe cómo funcionan estas cosas, ya va a ir entendiendo.

Las palabras de la señora Danasi causaron efecto en los vecinos. Si hubieran tenido que votar

en ese mismo momento, el proyecto habría sido rechazado. Faltaba que hablara don Ramón, el padre de Muriel, "jefe" del primer piso. Se paró y puso una cara muy seria, supongo que para que todos pensasen que lo que iba decir era muy importante.

—Ustedes saben que puedo hablar en nombre de los herederos de este lugar, así que me parece que mi opinión es importante. Y en mi opinión... —Ramón hizo una larga pausa y yo supe que lo hacía imitando a esos jueces de los programas de la tele cuando van a decir quién es el ganador—, en mi opinión... la verdad no sé. Cuando lo escuchaba al Griego me gustaba eso del arte, pero la señora Danusi tiene razón también, vamos a llamar la atención y eso no es bueno. Pero escuchemos qué tiene para decir la señora Romillo, que todavía no la dejamos hablar.

De nuevo los ojos de los presentes se clavaron en mamá, que comenzó a hablar muy bajito, por lo que los vecinos hicieron un gran silencio para poder escuchar.

—Pintando el edificio vamos a llamar la atención, es cierto. Pero piensen que también es

una forma de decirle al barrio que nosotros nos preocupamos por este edificio, que es nuestro hogar y queremos dejarlo lindo. No estoy inventando nada, esto ya se ha hecho en otras partes del mundo. Legalmente este edificio está abandonado. ¿Quién quiere vivir cerca de un edificio abandonado? Pero un lugar que sus habitantes se toman el trabajo de pintar, no solo de pintar, de convertirlo en una obra de arte, no es un edificio abandonado. ¿Qué mejor manera de mostrarle a la gente del barrio que nos preocupamos por este lugar?

Las palabras de mamá tuvieron su efecto también. Se notaba que muchos de los presentes estaban de acuerdo, y hasta la señora Danusi se quedó pensando. Pero entonces fue don Ramón el que planteó más dudas.

—Supongamos que usted tiene razón... ¿Quién va hacer el trabajo? Por mis años de albañil le digo que pintar un edificio entero no es nada fácil.

—Con la ayuda de todo el que quiera participar —respondió mamá—, será una obra colectiva.

—¿Colectiva? —preguntó la señora Danusi con desconfianza.

—Colectiva —repitió mamá—, lo que quiere decir que todos pueden aportar no solo su trabajo, también sus ideas y lo que tengan ganas de hacer. De hecho ya tengo un par de colaboradores.

Vladi y yo dimos un paso adelante.

—Para los chicos les aseguro que es una actividad muy interesante —agregó mamá.

Los demás chicos del edificio, que había varios y de todas las edades, nos miraron con curiosidad. Supongo que la propuesta era suficientemente extraña para atraerlos, y tener a Vladi de nuestro lado lo hacía más tentador. Ninguno se animaba a dar el primer paso, pero se les notaba el interés creciente. Muriel salió en nuestro apoyo.

—A mí me gustaría participar.

Se escucharon algunos tímidos “sí” y “yo también” entre los demás chicos. Entre los mayores había todo tipo de caras, algunos nos sonreían con simpatía, otros nos miraban como diciendo “estos están locos”, pero en general parecía que la propuesta estaba siendo aceptada.

—Hay otra cuestión —dijo Don Ramón—: la plata. Hay que comprar pinturas, pinceles y otras cosas. ¿Quién las va a pagar?

—Pensé bastante en ese tema —respondió mamá—, los pinceles y los demás accesorios yo los consigo, el problema es la pintura. Podemos salir por el barrio a pedir a los vecinos pintura que les haya sobrado, no nos importa ni qué tipo de pintura sea ni qué color, todo nos sirve. En los talleres, en las obras, suelen tener latas por la mitad sin terminar, en los edificios a veces los porteros guardan latas en el sótano, es más común de lo que parece. Quizás hasta alguno de los presentes tiene pintura guardada que le haya sobrado. ¿Nadie tiene pintura que le haya sobrado?

Una señora arrugada como una pasa de uva levantó la mano para hablar.

—Mi hijo tiene tres latas de diez litros en el cuarto.

—¡Mamá! —respondió enojado un señor de barba—, es la pintura que sobró en el club y es mía.

—Ya te dije que las latas ocupan mucho lugar y quedan feas.

—Sí, pero quizás en algún momento las quiero usar...

—¡Qué vas a pintar vos! No las quiero ver más esas latas, ¿me oíste? Se usan o te las tiro a la basura...

—Está bien, las podemos usar —dijo el hombre de barba sin muchas ganas—, una roja y dos blancas, buena pintura...

—Gracias, ya tenemos algo para empezar —respondió mamá—, es cuestión de preguntar...

Los vecinos comenzaron a hablar entre ellos, a nombrar a una tía que hacía poco había pintado el patio o al dueño de una pizzería que había remodelado el local. El Griego de "La Pesada del Rock and Roll" tomó de nuevo la palabra.

—No nos queda nada más por hablar, señores —dijo con una gran sonrisa—. Todos a conseguir pintura: vamos a darle color a esta Casa.

—No, vivo en aquel edificio que está allá...

—El que tiene un kiosco abajo?

—No, ese no. ¿Ves donde está esa camioneta blanca?

—Sí...

—Ese.

—¿Y qué problema hay ahora? —  
 —Ahora no puedo, me está esperando en casa.  
 —¿Y vive también en el edificio? —  
 —Sí...  
 —Yo soy Camila.  
 —Hola, Martín...  
 —¿Qué estás haciendo?  
 —Limpiando los pinceles. Lo hago acá en la vereda para no ensuciar... Nunca te había visto en la Casa...  
 —Es que no vivo en la Casa.  
 —¿Ah, no?  
 —No, vivo en aquel edificio que está allá.  
 —¿El que tiene un kiosco abajo?  
 —No, ese no. ¿Ves donde está estacionada la camioneta blanca?  
 —Sí.  
 —Ese.

## Camila

—¿Y qué problema hay ahora? —  
 —Ahora no puedo, me está esperando en casa.  
 —¿Y vive también en el edificio? —  
 —Sí...  
 —Yo soy Camila.  
 —Hola, Martín...  
 —¿Qué estás haciendo?  
 —Limpiando los pinceles. Lo hago acá en la vereda para no ensuciar... Nunca te había visto en la Casa...  
 —Es que no vivo en la Casa.  
 —¿Ah, no?  
 —No, vivo en aquel edificio que está allá.  
 —¿El que tiene un kiosco abajo?  
 —No, ese no. ¿Ves donde está estacionada la camioneta blanca?  
 —Sí.  
 —Ese.

—¿Y que haces acá, entonces?

—Curioseando.

—Ah... ¿Y cómo sabés que soy el hijo de la pintora?

—Curioseando.

—Ah...

—...

—¿Y viene bien el curioso?

—Je, je, sí. Es que me gusta mucho la pintura, yo también pinto. ¿Vos pintás?

—No... bueno, ahora sí, porque estoy ayudando en este proyecto, pero en general no.

—¿Y qué te gusta?

—¿Qué me gusta de qué?

—Hacer, no sé... música, deportes, esas cosas....

—Eh... música, toco la guitarra. Bah, estoy aprendiendo. También me gusta leer.

—¿Y cómo viene la obra?

—Muy bien. Ahora estamos pintando la terraza, después vamos a pintar la escalera y los pasillos y por último el frente.

—Me encantaría verlo, voy a tener que esperar a que pinten el frente.

—¿Por qué? Si querés ver la terraza o los pasillos podés entrar...

—No sé...

—Yo te puedo acompañar...

—¿En serio? ¡Me encantaría! Además nunca entré a este edificio...

—No hay problema. ¿Querés entrar ahora?

—Ahora no puedo, me están esperando en casa.

—Bueno, igual todavía no hay mucho pintado, pero si venís el lunes ya va a estar casi listo.

—Dale. ¿A las siete te parece bien?

—Claro.

—¡Genial! Lunes a las siete nos encontramos acá.

—Y que haces acá, entonces?—  
 —Yo te puedo acompañar...—  
 —Además...—  
 —Nunca entré a este edificio...—  
 —No hay problema. ¿Quieres entrar ahora?—  
 —Ahora no puedo, me está esperando...—  
 —Bueno, igual todavía no hay mucho...—  
 —Puedo irte a buscar si quieres, ya va a estar casi listo...—  
 —¿Genial! Luego a las siete nos encontramos...—  
 —¿Qué me gusta de que...?—  
 —Hacer, no sé... música, deportes, esas cosas...—  
 —Eh... música, como la guitarra. Bah, estoy aprendiendo. También me gusta leer...—  
 —¿Y cómo viene la obra?—  
 —Muy bien. Ahora estamos pintando la terraza, después vamos a pintar la escalera y los pasillos y por último el frente...—  
 —Me encantaría verlo, voy a tener que esperar a que pinten el frente...—  
 —¿Por qué? Si querés ver la terraza o los pasillos podés entrar...—

### Vela(da)

**E**l frente nunca se pintó. Al segundo día de trabajos apareció por la casa un patrullero con un policía con cara de pocos amigos adentro, que nos dijo que no le importaba lo que hiciéramos dentro del edificio pero que el frente no lo tocáramos si no queríamos meternos en problemas. Mamá protestó y le explicó que la gente del barrio iba a estar contenta con que le diéramos un poco de color a esa calle, pero el policía le respondió que para hacer eso teníamos que ser dueños del edificio o de lo contrario conseguir no sé cuántos papeles de la municipalidad. Mamá se rio y le preguntó si era un chiste. Entonces el policía se bajó del patrullero y empezó a decir algo tipo “mire, señora, yo sé que usted hace esto por una buena causa, pero nos mete en líos a nosotros, la gente empieza a hablar...”, mamá iba a responder algo (por la cara de enojo no era algo bueno), pero don

Ramón y la señora Danusi se llevaron al policia a un costado y le dijeron que no se preocupara, que pintaban la terraza y los pasillos y eso era todo, que el frente no se tocaba. Cuando la policia se fue, mamá quiso saber por qué no habían peleado, nuestra causa era justa, podíamos salir a preguntar a la gente del barrio qué pensaba. ¿Acaso muchos vecinos no habían regalado pintura incluso? Pero don Ramón y la señora Danusi apenas la escucharon, la felicitaron por lo linda que estaban quedando la terraza y los pasillos y cuando mamá quiso seguir rezongando, don Ramón cerró la conversación con un "Es lo que hay".

Me encantaría que esta fuera una de esas historias solidarias donde con mamá llegamos a la Casa y se nos ocurre la idea genial de pintarla y todo sale bárbaro y ayudamos a los vecinos y ellos nos quieren y nos agradecen. Pero no. Nada de eso pasó. Quizás sea que los vecinos de la Casa en realidad no necesitan ayuda. O que los que la necesitamos somos mamá y yo. O todos. O nadie.

En cuanto a la obra de arte que había pensado mamá, fue una lástima no poder terminarla, porque todo lo demás quedó espectacular. En la terraza había ahora tal explosión de colores que me imagino que si un helicóptero pasa por arriba

ve la Casa primero que nada, ningún otro edificio de la ciudad debe ser tan lindo como este desde el cielo. Las rayas y formas extrañas de mamá se combinaban con los dibujos de Vladi y unas especies de naves espaciales que sumó una chica del tercer piso a la que también le gusta dibujar. También había animales, estrellas y coches que dibujaron los chicos de la Casa.

Si mamá estaba como loca con la decisión de no pintar el frente, yo tenía en la cabeza otro problema. Camila, la chica de pelo enrulado, la curiosa, iba a venir a las siete para que yo le mostrara la Casa. No soy muy bueno cuando se trata de chicas, así que le pedí consejo a Vladi.

—¿Cómo es?

—Alta como yo, tiene rulos, una linda sonrisa...

—¿Qué edad tiene?

—La misma que yo supongo...

—¿De qué signo es?

—Yo qué sé, Vladi! ¿Creés en el horóscopo?

—En el horóscopo no, pero en la Astrología sí. Hace un tiempo vivía en la Casa una señora que, si le decías el año en el que habías nacido, te decía cómo eras y acertaba en todo. ¿Sabés en que año nació?

—Por supuesto que no.

—La próxima trató de preguntar un poco más... pero, bueno, en general a todas las mujeres les gusta lo mismo...

—¿Qué?

—Indiferencia.

—¿Indiferencia?

—Sí. Duro. Ni bola. Trátala mal, incluso. No la mires a la cara, mientras le hables mirá el cielo, cualquier cosa, que piense que tenés la cabeza ocupada con otras cosas.

—¿Te parece?

—Claro, con Muriel funcionó.

—Vos a Muriel la tratás bárbaro...

—¡Para nada! Soy indiferente y eso la mantiene atrapada, ¿entendés? Hace que se pregunte "¿le gustará o no?".

—Vladi: todo el planeta sabe que morís por Muriel. ¿De qué hablás?

—Bueno, si no me vas a hacer caso, arreglátelas solo...

—No, está bien. ¿Indiferente, entonces?

—Exacto, esa es la clave.

Camila llegó a las siete en punto y me pareció que estaba todavía más linda que la vez anterior.

—Hola —dijo Camila.

—Hola —respondí.

Yo tenía una sorpresa más para Camila y realmente intenté hacerme el duro como me había aconsejado Vladi. Me quedé serio, traté de no mirarla a los ojos y hasta me apoyé contra la pared de la misma forma que siempre hace Vladi. Pero entonces Camila sonrió.

—¿Comenzamos con el tour? —dijo.

No aguanté más.

—Por supuesto —hice una reverencia mientras la invitaba a entrar—. Bienvenida a la Casa.

Ni que hubiese estado preparado: en el mismo momento en que le dije a Camila que entrara en la Casa se cortó la luz. No solo en nuestro edificio, en toda la cuadra y más lejos también, quizás en todo el barrio. Recién acaba de anochecer, pero como la Casa tiene pocas ventanas, adentro ya estaba oscuro.

—¿Qué hacemos? —preguntó Camila.

—Esperame acá. No te vayas, ¿eh?

—No me voy.

Entré en la Casa y a los tumbos llegué a nuestra habitación. Mamá no estaba, pero dando vueltas en la oscuridad encontré lo que estaba buscando.

—Solucionado —le dije a Camila mientras prendía una vela.

—¡Genial! Aunque ahora parece una película de terror. ¿No serás medio vampiro vos, no?

—Sí, pero soy un vampiro vegetariano, así que tranquila.

Entramos en la Casa y con la vela en la mano subimos la escalera. Iba acercando la llama a los dibujos del pasillo, para que Camila pudiera apreciarlos. Me daba cuenta de que ella estaba disfrutando el recorrido como una gran aventura. Llegamos a la terraza y, aunque estaba muy oscuro, la luz de la luna ayudaba a ver el trabajo hecho. Camila estaba fascinada.

—Es genial. Realmente se pasaron. ¿Y todo esto lo planeó tu mamá?

—Sí, con la ayuda de los vecinos.

Yo tenía una sorpresa más para Camila y me pareció el momento oportuno para usarla.

—Fijate aquel rincón, ¿ves?...

—¿Ese que está casi blanco?

—Sí, ahí falta pintar todavía.

En un rincón de la terraza habíamos dejado las latas de pinturas y los pinceles que nos habían sobrado.

—¿Por qué no lo completás vos?

—¿Yo, pintar? Estás loco...

—Si me dijiste que te gustaba. Dale, podés hacer lo que quieras.

Camila lo pensó un minuto. Después agarró un pincel y una lata de pintura negra. Yo le sostuve la vela bien cerca para que pudiera ver lo que hacía. Comenzó a pintar lo que parecía la silueta de un grupo de edificios, una especie de retrato de la ciudad con la luz cortada. Y en la terraza de uno de esos edificios, dos figuras. Nosotros.

—¡Excelente!

—Gracias. ¿Te gusta?

—¿Cómo no me va gustar? ¡Sos muy buena!

Nos quedamos en silencio viendo la ciudad sumergida en la oscuridad. De repente se oyó como un chasquido metálico y las luces comenzaron a prenderse. Primero las de la calle, luego las de las ventanas de los edificios.

—¡Volvió la luz! —dijo Camila y sonrió con tanta fuerza que casi parecía que la luz salía de su boca.

—Sí —respondí mirándola a los ojos—, volvió.

## Un extrañamiento musical

**M**ientras me esforzaba por sacar una canción nueva con la guitarra, me di cuenta de una cosa. Las revistas que tengo con canciones las compro en el centro y por ahora tengo tres: una de Los Beatles, una de Queen y una de los Rolling Stones. Así que las pocas canciones que sé son siempre de alguna de estas tres bandas. Las revistas son todas iguales, traen fotos del grupo, las letras y los acordes. Y de lo que me di cuenta es de esto: una canción es mucho más que sus acordes. Obvio, está lo que hace cada instrumento, el bajo, el piano, la batería, que suman mucho, pero lo más importante, lo que realmente define a una canción es la melodía principal, la de la voz cantante. Entonces si uno agarra una de estas revistas e intenta sacar una de las canciones y supongamos que nunca la escuchó antes, no va a poder, porque tiene la letra, tiene los acordes, pero no tiene la

melodía principal. Y realmente con los mismos acordes se pueden hacer canciones muy diferentes cambiando la melodía. Entonces se me ocurrió un ejercicio: tocar las canciones, con los acordes, con la misma letra, pero inventándoles una melodía de voz completamente distinta a la original. Lo probé con una canción que ya me sabía bastante bien, "I Want To Hold Your Hand" de Los Beatles. La empecé a tocar más lento y siguiendo la letra se me ocurrió cantarla con una melodía distinta, más parecida a "Imagine", de Lennon. Y entonces me di cuenta de que lo que estaba haciendo era un extrañamiento musical: tomar algo muy conocido, mirarlo de otra manera y convertirlo en algo diferente. Algo nuevo.

## La carrera de los guerreros del sol

**E**l sábado siguiente llegó el día de la carrera. Caminamos las ocho cuerdas que separan la Casa del parque, cargando el karting entre los dos. Ya que tenía ruedas, podríamos haberlo llevado arrastrando, pero Vladi no quería exponerlo a ningún accidente, así que lo cargamos. Cuando llegamos nos encontramos con que había un montón de gente. Otros chicos con sus kartings y muchos padres alentándolos y cuidando que no se rompieran la cabeza. Por supuesto que ninguno de los demás kartings era tan especial como el nuestro, les faltaba imaginación: o eran una tabla con ruedas o unos armatostes de plástico comprado. Nuestro karting estaba lleno de detalles, pintura especial de diferentes colores incluyendo el aerosol plateado, el techo despegable por si llovía y muchas cosas más. Habíamos solucionado también lo de los cascos. A mí me había prestado

un casco de moto el tío Julián, que no tiene moto pero tiene casco, el tío Julián es así. Era negro y me quedaba muy grande. Hubiese sido mejor uno de bicicleta, la mayoría de los chicos llevaba de esos, que además tienen formas originales y permiten respirar. Con el mío en cambio apenas si veía. Sin embargo no hice el ridículo porque nadie me vio y nadie me vio porque estaba al lado de Vladi y, una vez que la gente miraba a Vladi se olvidaba de mirar cualquier otra cosa. Es que lo que Vladi llevaba en la cabeza no tenía nombre. Había decidido que, si iba a tener que usar un casco, se lo iba a fabricar él mismo teniendo en cuenta que hiciera juego con su karting. El casco casero de Vladi era una chapa dorada doblada hasta darle la forma de su cabeza, acolchonada con ese relleno que se usa en los almohadones, no muy bien pegado porque cada vez que movía la cabeza salían bolitas blancas para todos lados. Parecía como si una especie de monstruo marino prehistórico estuviese tratando de masticar su cabeza sin poder tragarla. La gente se reía, pero las risas duraban muy poco. Él los miraba fijo y ya no se reían más. Una de las cosas que más admiré siempre de Vladi es su capacidad de asustar a la gente solo con la mirada. En realidad debe haber pocas personas tan pacíficas como él, pero cuando



te mira serio no dan ganas de tenerlo de enemigo. Así que no hubo risas, más bien todo lo contrario, la gente bajaba la cabeza a nuestro paso, mientras nos acomodábamos en la línea de largada.

No había premio, ni siquiera primero y segundo puesto, simplemente los kartings se tiraban al mismo tiempo y el que llegaba primero abajo ganaba. Alguien gritó "Ahora" y los karting comenzaron a descender. Sentía el viento en la cara, esa especie de cosquilleo que te agarra en el cuerpo cuando estás bajo el efecto de la velocidad, y no hubiese cambiado de lugar con nadie en el mundo. Llegó el momento de frenar y lo hice excelentemente bien. Mis zapatillas tocaban el camino como si fueran los dedos de un pianista rebotando contra las teclas.

No voy mentir, no ganamos. El ganador fue un chico con un karting comprado. Nosotros llegamos terceros. No nos importó. Nuestro karting y el sistema de manejo inventado por Vladi eran tan originales, que todas las miradas estaban sobre nosotros. Algunos padres se fueron acercando para apreciar el karting de cerca. Uno hasta le sacó una foto con el celular, en la que Vladi y yo posamos al lado, muy orgullosos.

Mientras volvíamos a la Casa, no dejábamos de comentar ideas con la que podíamos mejorarlo

para, el próximo sábado, tener no solo el karting más lindo y original, sino también el más rápido.

En la Casa nos separamos y yo me fui a nuestra habitación. Apenas entré me di cuenta de que pasaba algo raro. Mamá sonreía contenta. Ella siempre sonrío, pero esta era una sonrisa especial, sonrisa de gran acontecimiento. Por un momento pensé que de alguna manera se había enterado de nuestra carrera. Que alguien le había contado lo bien que estaba nuestro karting, cómo habíamos sorprendido a todos, incluso a los chicos de karting comprado que con gusto lo hubieran cambiado por el nuestro. Entonces habló.

—Gané una beca. Nos vamos a vivir a Berlín —dijo.



la Casa en primer lugar? ¿O porque se dedique a hacer lo que le gusta y no acepte cualquier trabajo para poder mantenerme? No, enojarse no tiene sentido.

Al primero que se lo conté fue a Vladi. En ese momento tenía un gusto amargo en la boca, sabía que tenía que estar contento por mamá —como artista era un gran paso— pero por otro lado me sentía confundido. Me había costado acostumbrarme a la Casa. ¿Y ahora nos íbamos a ir? Cuando se lo dije, Vladi reaccionó como si fuera lo más natural del mundo y ya tuviera un montón de amigos viajando por ahí con becas. Yo creo que él es así por tanto pensar en extrañamientos, nada lo sorprende. Viendo mi cara de tristeza dijo:

—Tranquilo, es una buena noticia, vas a estar bien. Al principio puede ser difícil pero ¡vas a conocer el mundo! Lo que sí una cosa: tenemos que hacer un juramento, nos vamos a volver a ver, acá, en Berlín o en la China.

—Por supuesto, ni hablar.

Y con un apretón de manos, sellamos nuestro pacto.

Con Camila no fue tan fácil. Recién acabábamos de conocernos y yo le decía que me iba. Se puso triste. Le dije que podíamos seguir en contacto por mail, por chat, por teléfono, pero se puso triste igual.

Pasaron tres meses desde el momento en que nos enteramos de la noticia y el día en que finalmente partimos. Tres meses en los que con Camila casi no nos separamos. Es divertida, es inteligente, es la mejor. Me hubiese gustado meterla en una valija y llevarla conmigo a Berlín, pero eso solo se puede hacer en los dibujitos.



Nunca antes había estado en un aeropuerto. Me llamó la atención lo moderno que era, puro vidrios y metal reluciente. En el medio de ese decorado futurista me encontré con una gran sorpresa: Vladi, Muriel y Camila habían venido a despedirme. ¡Y eso que el aeropuerto está como a dos horas de colectivo! Pero igual vinieron por su propia cuenta. Vladi fue el que lo organizó y Camila decidió sumarse. Me dieron una gran alegría. Mamá dejó que me quedara con ellos mientras terminaba los trámites para subir al avión. Camila me abrazó y supe que yo le importaba mucho y que me consideraba algo así como su novio. A todo esto Muriel se puso a llorar y Vladi se enojó con ella.

—¿Y vos qué llorás, nena?

—Es que estos chicos se quieren y se van a separar por un año...

—No le hagan caso, ella ve telenovelas en todas partes.

—¡Yo no miro telenovelas!

—¡No mientas, Muriel!

Y entonces comenzaron a pelear por si Muriel miraba o no telenovelas, y Camila y yo no pudimos evitar reírnos.

Me acompañaron hasta el último momento, hasta cuando había que pasar a la parte donde entran solo los pasajeros. Mamá tardó bastante porque, como siempre, tenía miedo de haber perdido algún documento. Cuando estuvo segura de tener todo, entramos. Me di vuelta para tener una última imagen de los tres. Vladi me guiñó un ojo.

El avión está por despegar. Ahora vendrá otro mundo, un mundo aún más distinto e incomprendible que el de la Casa, un mundo a miles de kilómetros, donde la gente habla otro idioma, piensa de manera diferente y tiene nombres que ni siquiera voy a poder pronunciar correctamente.

Mientras despegamos siento algo extraño en el estómago, no sé si es normal porque nunca antes viajé en avión. La espalda se pega al asiento y me doy cuenta de que estoy apretando con fuerza los pies contra el piso. Sé por qué lo hago. Estoy intentando frenar. ¡Quieta, Tierra, quieta! Pero el avión no funciona como el karting, y por más fuerte que pise, sigue adelante, alejándose más y más de todo lo que conozco.

Entonces me acuerdo de Vladi y trato de pensar que todo se trata de un extrañamiento. ¡O no es un extrañamiento estar en un pedazo de

metal que cruza el cielo como si fuera un pájaro? Pienso que el avión soy yo y eso me tranquiliza: sus alas son mis brazos atravesando las nubes.

Abro los ojos. La velocidad baja o mi cuerpo se acostumbra, no lo sé. Miro por la ventana. Buenos Aires se ve tan chiquita que parece una de las manchas que mamá suele poner en sus cuadros. Y en algún lado de esa mancha esta la Casa. Me doy cuenta de que estamos muy alto. Y está bien que así sea. Es bueno seguir volando.



## Un último extrañamiento

**N**o estoy en ningún avión. Tampoco soy un chico ni un adolescente. Soy grande y me encuentro frente a la computadora escribiendo una historia. Una historia que es real, porque Vladi es real, yo soy real y la Casa es real, aunque las cosas no hayan sucedido exactamente como se cuentan en esta historia. Vladi y yo nos hicimos amigos y pasé buena parte de mi infancia y adolescencia con él en la Casa. Es verdad que nos conocimos porque el padre de la que era entonces su novia quería engancharme con su hija porque yo era más rubión (ya no, con el tiempo el pelo se me fue oscureciendo). Mi madre pinta, pero también es socióloga, canta, cocina y hace su propia ropa. A favor de mi madre hay que decir que siempre se las arregló para proveernos a mí y a mi hermano de todo lo que necesitamos. Eso sí, pude conocer Berlín, pero ya de grande y gracias a un libro.

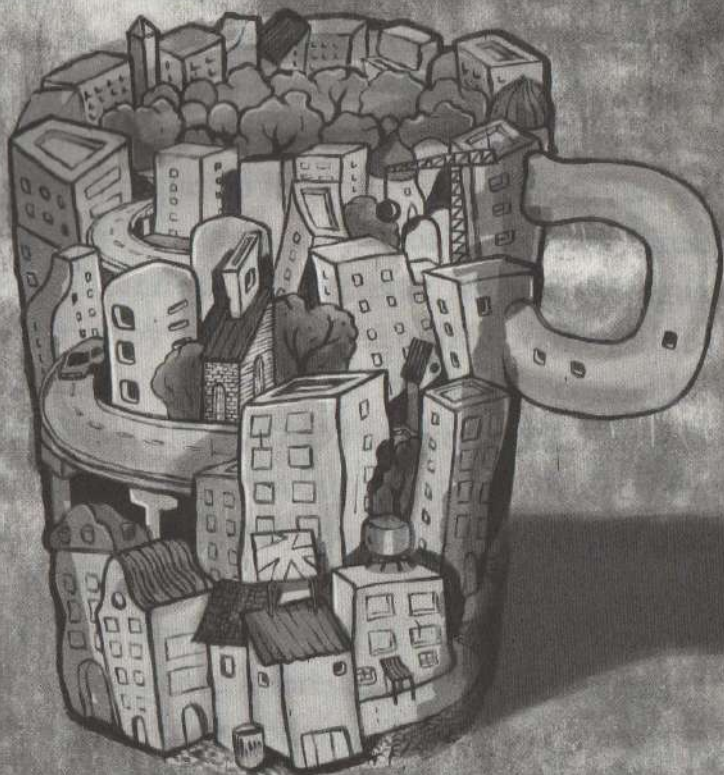
Me levanto para hacer un té y en ese momento descubro otro significado más en los extrañamientos. La misma palabra “extraño” que se usa para indicar que algo es raro o diferente también se usa cuando extrañamos, cuando echamos de menos a algo o alguien. Cosas del lenguaje. “Extraño-extrañar-extrañamientos” es mi grupo de palabras favoritas. Y entonces sé que probablemente la verdadera motivación para escribir esta historia es que extraño a mi amigo. Hace mucho que no lo veo a Vladi. Ahora vive en Comodoro Rivadavia, muy lejos de Buenos Aires. Sigue dedicándose a la herrería. Mientras el agua hierve, me doy cuenta de que quizás no me hubiese dedicado a la literatura de no haberlo conocido, porque Vladi era un chico muy especial, lleno de ideas que en ese momento me parecían extrañas (¡de nuevo esa palabra!) y que ahora descubro que eran muy lúcidas.

Con los años tuve la suerte de conocer todo tipo de gente interesante de las que aprendí montones de cosas, pero nada cambió tanto mi forma de pensar como las tardes pasadas en la Casa con Vladi, soñando con nuestro fabuloso karting. Y sé que, cuando termine este libro, voy a encontrar la excusa para viajar a Comodoro Rivadavia

para dárselo en mano. Y vamos a reírnos y a hablar de hijos, y música, y arte, y como cuando éramos chicos, vamos a hacer lo que siempre hicimos y en realidad nunca dejamos de hacer: salir de un extrañamiento para entrar en otro.

Martín

Foto del grafiti realizado  
para la tapa por Gualicho  
en Villa Carlos Paz, Córdoba.



## Martín Blasco

Autor

Nació en Buenos Aires, cursó el secundario en el Normal N° 1 y en el Instituto Vocacional de Arte Labardén, para luego estudiar dirección y guion de cine. Trabajó como guionista y productor en diferentes programas de televisión en Canal 13, Telefe, Canal 9, Canal 7 y la señal educativa Encuentro. Su primer libro fue *Maxi Marote*, después vinieron *Cinco problemas para Don Caracol*, *El misterio de la fuente*, *Vidas piratas*, *Las monedas mágicas*, *XVZ: archivos ultrasecretos*, *XVZ: plan de conquista mundial* y las novelas juveniles *El bastón de plata* y *En la línea recta*. Esta última fue seleccionada para integrar la lista The White Ravens 2007, preparada por Internationale Jugendbibliothek de Munich (Alemania), fue traducida al alemán y se encuentra publicada en Argentina, México, Colombia, Perú, Ecuador y Chile.

## Índice

La llegada	9
Casa tomada	11
Por qué no tenemos plata	15
Cortázar y Vladi	19
El caos no existe	23
En el pasillo	27
Los planos de un karting	31
Cómo funciona el arte	37
Don Ramón (nada que ver con el Chavo)	39
Terraza para tres	45
La madre de una madre	51
Amigos	55
Los extrañamientos	61
Se viene algo	65
El parque	67
La casa de noche	73
Zapatillas	77
Concursos	79
Cavernícola extrañado	83
La obra	85

Hay equipo	89
¡Quieta, tierra!	93
Un extrañamiento como los de Vladi	99
La reunión	101
Camila	111
Vela(da)	115
Un extrañamiento musical	123
La carrera de los guerreros del sol	125
Despegue	131
Un último extrañamiento	137
Fotografía del grafiti	140
Biografía del autor	141